





LOS DESEOS DE CAMBIO O... ¿EL CAMBIO DE LOS DESEOS?

Margarita Pisano



Editorial Revolucionarias

DESEOS DE CAMBIO O... ¿EL CAMBIO DE LOS DESEOS?

© Margarita Pisano
Inscripción N° 92.797
I.S.B.N.: 956-272-145-0

Editorial Revolucionarias
Fono: 7372977
mpisano@tic.cl
afranu@hotmail.com
www.mpisano.cl

Fotografía portada: Xxxxxxx
Diseño y Producción: Sogol Ediciones
Impresión: Dimacofi
Primera Edición: Sandra Lidid
Segunda Edición: Editorial Revolucionarias

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

1ª edición, marzo de 1995
2ª edición, julio de 2011

Se prohíbe la reproducción de este libro
en Chile y el extranjero sin autorización de la editorial.

Margarita Pisano

Arquitecta, feminista crítica de la cultura contemporánea, fundadora de la Casa de la Mujer La Morada, Radio Tierra, Movimiento Feminista Autónomo y Movimiento Rebelde del Afuera. Connotada teórica feminista chilena, estudiosa de las condiciones culturales en las que se estructura y desarrolla lo femenino y lo masculino. Ha publicado artículos en revistas chilenas, latinoamericanas y europeas, y los libros *Deseos de cambio o... ¿el cambio de los deseos?* (1995); *Un cierto desparpajo* (1996); *El triunfo de la masculinidad* (2001); *Julia, quiero que seas feliz* (2004) y *Una historia fuera de la historia. Biografía política de Margarita Pisano* (2009), junto a Andrea Franulic.

Realiza periódicamente cursos, talleres y ha dictado conferencias en Chile y el extranjero. Su vasta experiencia de trabajo con mujeres de diferentes sectores sociales la ha llevado a profundizar sobre los desafíos de la sociedad contemporánea.



*A las rebeldes del afuera
A todas*

*En especial, a Andrea Franulic por su ayuda
en el pensar y el escribir esto del cambio civilizatorio.*

*A Tatiana Rodríguez por sus aportes
siempre acertados y oportunos.*

A las dos, por hacerme la vida y la actuación más amable.



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN	
Por Margarita Pisano	11
LUZ Y PENSAMIENTO EN MEDIO DE LA CEGUERA	
Por Andrea Franulic	13
INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN	
Por Tatiana Rodríguez	19
INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA EDICIÓN	
Por Margarita Pisano	23
CAPÍTULO 1: ¿QUÉ ES VIVIR Y MORIR?	27
Interdependencia con el mundo que nos rodea	28
Estar en relación con nosotros mismos.....	29
La culpa	30
Lo natural	31
El cuerpo como naturaleza a dominar	32
El dominio del hombre sobre la tierra y la mujer	34
La violación de los derechos de las personas como consecuencia de la dinámica del dominio	36
Dinámicas de colaboración	37
CAPÍTULO 2: LOS ESPACIOS ESTANCOS Y LOS CORTES/CONFLICTOS	39
Lo íntimo, lo privado y lo público, sus silencios y mentiras	39
Lo íntimo	39
Lo privado	28
Lo público	40
Los cortes conflictos	41
CAPÍTULO 3: EL CORTE CONFLICTO DE LO MASCULINO/FEMENINO	45

CAPÍTULO 4: Y TODAS LAS ALIMAÑAS QUE SERPEAN LA TIERRA	49
Lo espiritual en manos de las ideologías religiosas	49
El mestizaje como proceso de dominación y control de la espiritualidad de los pueblos	51
La ética y la moral vigente	52
Lo bueno, lo malo y la buena vida	53
Los valores inamovibles	53
Un nuevo ojo para una nueva ética	55
Los avances que hemos logrado y su reciclaje	57
CAPÍTULO 5: EL PLANO INCLINADO	59
Las idénticas	60
Individuación	61
¿Individuación o individualismo?	62
¿Qué es una mujer rebelde?	63
Rebeldía, resentimiento	64
Siempre el plano inclinado	65
CAPÍTULO 6: ENTRECUCES DE NUESTROS DESEOS	67
La reproducción como ideología	69
Amor y sexualidad	71
Amar en libertad	72
El amor homo/lésbico	73
El fluir de la vida	74
CAPÍTULO 7: FEMINISMOS	77
Pasos críticos	77
El mundo en que estamos viviendo	79
La utopía feminista	80
CAPÍTULO 8: LA REGALONA DEL PATRIARCADO	83
La más aplicada, la primera del curso	83
¿Qué hacemos las mujeres en este escenario?	85
¿Cómo establecemos complicidades a pesar de todos estos problemas?	88
La inocencia del principio	90
CAPÍTULO 9: INTRODUCCIÓN A UN DEBATE URGENTE	93
LAS MUJERES DE CERRO NAVIA. POBREZA, MEDIO AMBIENTE Y ELLAS	99
BIBLIOGRAFÍA	105

INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN

Por Margarita Pisano

La necesidad de hacer una segunda edición de los *Deseos de cambio* o... ¿*el cambio de los deseos?* viene de la demanda de las mujeres que participan en mis talleres, charlas, conferencias y en el activismo que realizamos desde el Movimiento Rebelde del Afuera. Viene, además, de la vigencia que tiene este libro, pero también de sus “des-vigencias” que exigen seguir profundizando en el estudio de este feminismo radical, y avanzando en esta corriente que tiene una continuidad histórica.

Desde la publicación del libro en 1995, mucho nos ha pasado a las mujeres, son 16 largos años de seguir exigiéndonos teóricamente, y esto, en mi caso, se ha transformado en *Un cierto desparpajo; El triunfo de la masculinidad; Julia, quiero que seas feliz* y *Una historia fuera de la historia* (este último, junto a Andrea Franulic). Es decir, en estos 16 años ha habido una continuidad de mi pensamiento que refleja los deseos profundos de cambio que podemos llegar a tener las mujeres. Toda esta construcción ha sido en medio de circunstancias adversas para el feminismo radical, tanto durante la dictadura como durante el proceso de concreción de una democracia decepcionante y masculinista, que les ha otorgado algunas concesiones (entre comillas) a las mujeres, pero sin modificar en nada las históricas dinámicas patriarcales. Además, ha levantado un feminismo igualitarista, porque le conviene, en tanto este es creyente y funcional a esta cultura de dominio, ilusionando a las mujeres con una falsa participación y desmontando, de esta manera, su poder de cambio.

Quiero aprovechar esta introducción a la segunda edición del *Cambio de los deseos* para renombrarnos, refundarnos como Las

Rebeldes del Afuera, porque el concepto de “movimiento”, referido a los movimientos sociales, es un concepto que cada vez siento menos apropiado para lo que hacemos las mujeres en este mundo, en que todo está ya marcado por una historia de hombres, por un quehacer de hombres, por una lógica de hombres y por una ausencia forzada y cruel de las mujeres, que por mucho que queramos subirnos a este “carro”, este no nos significa ni se modifica con nuestra presencia, más bien, nos absorbe sin tocar las profundidades de un cambio civilizatorio en que quepamos las mujeres. No tenemos una historia relatada, lo que nos hace más difícil definir desde dónde hacer política como participantes de una civilización que se repite a sí misma ad eternum con sus horrores de dominio.

Quiero aprovechar esta publicación también para agradecer, una vez más, a todas las feministas con quienes he hecho política en diferentes tiempos y con diferentes nombres, y que han aportado a mis reflexiones. Con algunas, aún nos encontramos en ciertos activismos. Quiero agradecer, especialmente, a Las Rebeldes del Afuera, con quienes estamos construyendo un territorio marcado, un lugar específico, político y pensante, que realmente me contiene, desde donde podemos construir una civilización *otra*, ahora sí, desde nosotras y con historia propia. Por último, esta segunda edición fue sugerida, especialmente, por mis amigas de Guatemala, donde me he sentido acogida y escuchada, debido a sus ganas de entender su propia historia, de entenderse en los patriarcados modernos y ancestrales; a ellas, mi agradecimiento.

LUZ Y PENSAMIENTO EN MEDIO DE LA CEGUERA

Por Andrea Franulic

Si dejó detrás de mí un acto que he llevado a cabo, al rodar el mismo en el pasado deviene cosa, no siendo más que un hecho estúpido y opaco; para impedir esta metamorfosis, es necesario que lo retome y lo justifique en la unidad del proyecto en el cual me hallo comprometida (...) Así, hoy no podría querer auténticamente un fin sin quererlo a través de mi existencia entera, como futuro de este momento presente, como pasado sobrepasado de los días por venir...¹

Elegí esta cita de la Beauvoir como el puente para hablar del libro de Margarita Pisano. Porque, con el *Cambio de los deseos*, Pisano realiza la acción concreta de “sobrepasar” una etapa fundamental de su actuación feminista, resistiéndose, de esta manera, a la metamorfosis triste que transforma el pasado en hecho estúpido y opaco. En 1995, año de publicación del libro, a Pisano la echan definitivamente del proyecto de la Casa de la Mujer La Morada, porque las mujeres que trabajaban en él y que entonces estaban en la dirección, eligieron cambiar el proyecto ideológico existente, por otro que promoviera la institucionalización de los conocimientos del feminismo radical. Margarita fue una de las fundadoras del proyecto original, y luego fue quien lo dirigió y lo consolidó en medio de la dictadura. Pisano intentó que La Morada fuera la residencia de un movimiento feminista políticamente autónomo, pensante y transformador, especialmente formado en la perseverancia de crear un espacio con conciencia histórica.

¹ Simone de Beauvoir, *Por una moral de la ambigüedad*, Buenos Aires, Editorial Schapire, 1956, p. 28.

Cómo una mujer feminista radical sobrevive a la traición de las compañeras; cómo las mujeres, en la Historia, se han sobrepuesto a la invisibilización y a la deslegitimación de sus obras; de qué manera una mujer pensante y comprometida en una actuancia sobrepasa el hecho de quedarse sin territorio político, sin espacio de creación. Y cuántas en la Historia han muerto en el ostracismo. Porque, cuando se ha tenido la experiencia de crear y hacer política desde el feminismo —en su versión más genuina y radical—, no es cosa de instalarse en uno u otro podercillo del sistema masculinista y armar un nicho allí, puesto que ya sabemos que esos no son territorios para la creación libre y apasionada, y también sabemos que solas no sobrevivimos a su absorción; además, ya nos hemos vuelto indiferentes a las opiniones de los hombres. Tampoco se trata de volver a la soledad del escritorio, del cuarto propio, que es fundamental en nuestras vidas, pero que solo tiene sentido si mantengo un diálogo con las otras. No es una razón individual la que explica que la Woolf se haya suicidado. Lo quiero decir de manera más precisa: la creación desde el “feminismo radical de la diferencia” es compromiso político, no se construye únicamente en la soledad, necesita la actuancia para sostenerse, para que las palabras no pierdan fuerza ni honestidad.

Pero Pisano, a los 63 años, se sobrepone a la pérdida del proyecto de La Morada que hasta ese momento consideraba su proyecto de vida. Sobreponerse o —con palabras de la Beauvoir— sobrepasar este pasado que dejaba tras ella, no se hacía mediante la resignación (“no hay virtud más triste que la resignación”²), tampoco desde la indiferencia del estoico ni, menos, con la negación de las acciones realizadas. La razón es que, para Pisano, La Morada no era un fin en sí mismo, era parte de la unidad de un proyecto político más amplio, que la trasciende. Margarita sobrepasa esta etapa de su vida, pero a la vez la integra y reinterpreta en un objetivo mayor. A la autora le interesa promover un cambio civilizatorio, convidar las ideas del feminismo radical, formar espacios para pensar junto a otras, relatar la Historia de las mujeres, producir discurso y pensamiento... y es lo que sigue haciendo hasta el día de hoy. Por eso, su existencia política se explica como un *continuum*,

² Ibíd., p. 29.

donde reconozco no solo un sobrepasamiento, sino varios, cada gesto de desprendimiento se convierte en el punto de inicio de un sobrepasamiento nuevo en el futuro. En esto consiste una existencia cuya pulsión es la libertad. La afirmación de la libertad es una acción consciente y solo la comprendemos dentro de una existencia entera, es decir, dentro de una vida hilada.

El *Cambio de los deseos* es un gesto concreto en este sentido. En primer lugar, porque es el primero de otros libros que vendrán después. Representa la decisión de la autora de dejar –en adelante– registro escrito de sus ideas y de la historia del feminismo radical. En este sentido, este primer libro, entendido como acción, reivindica la palabra escrita. La escritura es asumida como una revancha, dirá María Zambrano, una revancha contra la oralidad, cuando no alcanzamos a explicarnos³. Pero además en contra de esa palabra hablada que ha sido no comprendida, tomada o borrada. En segundo lugar, el libro es la manifestación concreta de dos etapas políticas que se urden. De la primera da cuenta la mayoría de los textos y los conceptos que contiene y que entretejen la teoría de la autora. Estos fueron fraguados durante los años ochenta y ya contaban con algunas publicaciones desde mediados de la década. Son el resultado de la principal actuación ejercida por la autora en esos años, la del taller político.

Con esta forma de actuación, Pisano le daba continuidad a la práctica del feminismo radical en América del Norte y del feminismo de la diferencia en Europa de construir conocimientos a partir de la experiencia relatada de las mujeres en espacios autónomos, fuera de la institucionalización del saber. Ya en este discurso temprano, la convicción de la autora es clara: el “feminismo de la igualdad” no nos sirve a las mujeres, puesto que no hay igualdad posible –mejor hablemos de horizontalidad– sin un replanteo radical de la condición humana. No hay universalismo posible sin una deconstrucción de la civilización vigente desde sus fundamentos. Y no es posible un rediseño profundo de las relaciones humanas sin una redefinición cultural y colectiva de quiénes queremos ser como mujeres. Finalmente, no es posible un feminismo, de verdad

³ María Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, Madrid, Alianza Editorial, 1987.

civilizatorio, si no hilamos, en nuestras propuestas político-filosóficas, lo “íntimo, lo privado y lo público”.

La segunda etapa corresponde al inicio del período posdictatorial en este país que, por lo demás, continúa hasta el día de hoy. Justamente, es en este segundo momento cuando a Margarita la echan del proyecto de La Morada, puesto que esta acción es parte del proceso global de institucionalización que viven los movimientos sociales y, por lo tanto, el movimiento feminista no queda excluido de esta desarticulación. Al contrario, en el feminismo el proceso es más patético aún, ya que repite un mecanismo patriarcal incesante en nuestra Historia, que consiste, precisamente, en dejarnos sin Historia. La insolencia pensante y política de las mujeres siempre ha sido insoportable. Y Pisano lo sabe muy bien. Ella sobrepasa estos hechos y escribe. El proceso de desprendimiento no es fácil, hubo ceguera mediante. Pero la autora encuentra nuevas compañeras políticas y se organiza en Cómplices (con Sandra Lidid, Edda Gaviola y Ximena Bedregal) y en la corriente feminista autónoma latinoamericana. El año 1995, cuando se publica el libro, la denuncia contra Beijing (hito en la obediencia del feminismo establecido) está sobre la palestra; ya había sucedido el encuentro de El Salvador (1993) y estaba perfilándose el de Cartagena (1996). Son años potentes en el feminismo latinoamericano, porque la división de las corrientes ideológicas se hace perentoria.

El discurso de Pisano otra vez es clarísimo en este punto. Exige, urgentemente, la división de las corrientes y la explicitación de las diferencias político-filosóficas, además denuncia los abusos de poder de las feministas institucionales. El *Cambio de los deseos* contiene este discurso. “Introducción a un debate urgente” es un texto clave en esta nueva etapa política y funda la ética de la separación, de la división. Es decir, una ética que dignifica la ruptura en las relaciones humanas, en tanto estas se planteen en horizontalidad, de tal manera que seamos capaces de confrontar nuestras visiones de mundo y reconocer lo irreconciliables que pueden llegar a ser a veces. Por lo tanto, las relaciones se abren a dinámicas de honestidad y rompen el círculo vicioso del “buenismo” y la hipocresía que nos mantiene aferradas a carencias y miedos en una proyección de eternidad.

También en este segundo momento, el discurso de la autora se vuelve más ideológico. La “diferencia sexual” que merodea en la

producción de los años ochenta, se vuelve “diferencia ideológica” en este *continuum* discursivo. La única manera de “estar expresadas” en nuestra diferencia sexual es en tanto diferencia ideológica, propuesta de mundo, proyecto filosófico de las mujeres; para esto, debemos recuperar las capacidades humanas y ejercerlas (principalmente: pensar, estar expresadas y ejercer una dimensión política y una conciencia histórica). Pero, fundamentalmente, debemos resignificar “lo humano” a la luz de la experiencia vital de nuestros cuerpos y de nuestra Historia.

Este replanteo de la condición humana es original del discurso de Pisano. Las distintas corrientes feministas (feminismo heterosexual de la diferencia, feminismo posmoderno, feminismo de la igualdad) no hacen esta distinción. O se quedan atrapadas en los (trans) géneros (masculino-femenino), o apelan a un humano neutro y abstracto, que es una construcción ideológica fundante del patriarcado. En la teoría de Margarita, hay dos ideas clave que se unen al respecto: una, es que *los varones se quedaron con el ejercicio de las capacidades de lo humano* y las atraparon en la construcción sociocultural de la “masculinidad”. La segunda, es que *las mujeres no somos la feminidad* y, en consecuencia, no hay nada que podamos recuperar de dicha construcción. Estas dos premisas son medulares para no caer en análisis esencialistas y para potenciar una propuesta de salida.

Todavía en este primer libro, lo femenino y lo masculino constituyen un binomio, posteriormente la autora planteará esta ecuación en un “monomio”. Asimismo, el espacio de la autonomía se radicalizará en el “afuera” y el lesbianismo tomará tribuna en tanto descubramos su potencialidad política. Pero, como hemos visto, este primer libro rezuma una particularidad, simboliza un sobrepasamiento existencial, esto es, da cuenta de la unidad y de la coherencia de un proyecto político, donde su protagonista –Margarita Pisano– se desafía a sí misma, en cuanto ser humana libre y creadora. En este sentido, el *Cambio de los deseos* es tan vigente hoy como ayer. Porque, en estos momentos, cuando el feminismo posmoderno cristaliza la institucionalización feroz que se llevó a cabo en la primera mitad de los años noventa, asistimos a la deshistorización sin precedentes de nuestros cuerpos y rebeldías. Somos pocas las que estamos conscientes de estos mecanismos de deshistorización que se articulan desde los centros patriarcales de

poder y de producción cultural, y que ciertos feminismos asumen tan alegremente. Nos resistimos a que nuestra Historia y nuestras vidas concretas terminen siendo fragmentos de hechos estúpidos y opacos. Nos resistimos a la opacidad de la vida. Por eso, el *Cambio de los deseos* es una luz en medio de la ceguera.

INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN

Por Tatiana Rodríguez

*Deseos de cambio o... ¿el cambio de los deseos?*² fue escrito hace 16 años, cuando el feminismo latinoamericano de la segunda ola ya había culminado. En él Margarita Pisano sintetiza 15 años de activismo y reflexión política que fue produciendo junto a las mujeres dentro y fuera del país. En suma, esta reedición transmite más de 30 años de historia, lo que es comparable con el lapso de tiempo que separa el término de la primera ola con el advenimiento de la segunda del feminismo, lo que hoy, a la luz de esta evidencia, nos permite sopesar la relatividad del tiempo. Porque si en 1952 (fecha en que por primera vez las mujeres participan del sufragio universal), el sufragismo llegó a su fin, tenemos que Margarita Pisano como protagonista del despertar feminista de fines de los años setenta, representa en carne y hueso los vaivenes de la continuidad, encarna el hilo de unión entre estas dos etapas. Como heredera y continuadora de esta lucha, la reedición de *los Deseos de cambio...*, entonces, condensan mucho más que 30 años, más bien cerca de 60 de *deseos de cambio*, lo que a la larga de las vueltas de la vida, mirado en retrospectiva y con este artefacto intelectual entre las manos, permite aseverar que tenemos una muestra de esta historia nuestra, de saber fuera de la historia oficial del feminismo, porque cada uno de los tópicos que la autora toca, aluden indistintamente a la búsqueda intelectual y política por la que trajina para doblarle la mano al destino: la institucionalización del feminismo en la última década del siglo XX; para hallar el lugar preciso donde extremar y radicalizar el argumento e impedir que la vorágine de su institucionalización se concrete y se vuelva a repetir la historia

del sufragismo, y quizá de tantos otros episodios de la lucha de las mujeres en el pasado... esta vez el antídoto que propone Margarita será trocar *los deseos de cambio por el cambio de los deseos*... lo que en el siguiente siglo completará con *el Afuera*.

La experiencia cobra valor en la medida en que se traduce en un saber y este solo llega a serlo cuando queda escrito. Así, el trabajo desarrollado por Margarita Pisano, sus búsquedas, lecturas, cavilaciones y su práctica política en distintos grupos y con diversas mujeres, van dando cuerpo a un entramado discursivo que emplaza la retórica teórica convencional, sus planteos no dan recetas ni palabras hechas para acomodar la realidad a unos supuestos conceptuales previos, tampoco argumenta hasta el cansancio de la validez de la empresa, ni entrega cifras estadísticas ensombrecedoras de la situación de las mujeres –como suele suceder en la literatura del feminismo oficial–, sino que invita a situarse desde otra esquina, a quebrar la lógica y sus conductas, a romper con la coherencia monolítica de un adoctrinamiento que nos paraliza la función más básica de lo humano: pensar, emitir juicios sin criterios previos, pues, sino estaríamos en presencia de prejuicios, y no hay lugar sagrado por lo que no podamos preguntar, indagar, tocar, nos dice Margarita, con esa voluntad por la libertad que solo trae consigo quien se ha aventurado en el ejercicio del pensar permanentemente, sin el miedo a la destrucción que provoca su reiterativo ejercicio, a la equivocación y los aciertos; con las herramientas que da solo un espíritu inquieto, es decir, sus propias palabras, de ahí “que me perdone la academia”, porque no pretende secarse en la legitimidad conceptual urdida por la genealogía masculina, que, por lo demás, basa en nuestra ilegitimidad como humanas portadoras de logos, el motivo de todo su pillaje, de la caza de brujas y todos los modelos posteriores de tortura y confesiones.

La vida personal y colectiva, sin lugar a dudas nos ha cambiado a las mujeres en las últimas décadas, tenemos un cierto grado mayor de movilidad económica y social dentro del marco y de las reglas del juego del sistema vigente, lo cual en la literatura e imaginario social oficial y del que no lo es tanto, es leído como progreso. Sin embargo, el reformismo social no es un buen indicador de avance, muy por el contrario, su oferta de progreso contenido en estos supuestos adelantos se sustentan en los mismos referentes políticos/

filosóficos masculinos de siempre, en ellos se contienen sus clásicas propuestas divergentes (derechas e izquierdas, conservadores y progresistas, idealistas y materialistas, teologías conservadoras y teología de la liberación, entre otras) con las que alternan los diferentes grupos de varones el poder, esta es su hegemonía, su macrocultura que lo envuelve todo, el adentro que da vueltas en sí mismo para llegar al mismo punto de partida: la violencia. La desolación por lo que ya no tiene vuelta atrás, la destrucción y sus fracasos, son compensados por esta idea de progreso que expresa un concepto de tiempo lineal, cuyo referente es el cuerpo varón y sus deseos de dominación absoluta. La invención del año cero, en la línea de tiempo histórica, representa que su presencia es infinita, es decir, no tuvo principio ni tendrá fin. Lo que en términos de sentido común se traduce en que la vida siempre ha sido así y no puede cambiarse.

Frente a esto es que Margarita Pisano invierte la fórmula inscrita en lo más hondo de nuestros imaginarios de *los deseos de cambio* por el *cambio de los deseos...* con ello apela no solo a un conjunto de demandas y reivindicaciones por mejorar las condiciones sociales de las mujeres, de las niñas, y de los hombres en general, sino que va más allá, pone en tela de juicio al sistema de ideas que sostiene a la civilización patriarcal en su totalidad, tiene en mente sus cimientos sobrepasando las clásicas dicotomías en que se sustenta el sistema de dominación, unir los *cortes/conflictos* a través del cual se hace gobernable la escuálida sobrevivencia de hombres y mujeres, a través de una empresa cotidiana que ella significa desde ya, como cambio civilizatorio. Es decir, nos trae a la luz un proyecto político histórico, que desafía el tiempo lineal, los convencionalismos doctrinarios e ideológicos que producen las religiones, los sistemas filosóficos y científicos, y que luego se hacen folclor popular. El proyecto político radical que se despliega por las páginas de este libro, va más allá de los constructos conceptuales y lógicos de la hegemonía patriarcal, busca romper con esta interpretación totalitaria y absoluta por medio de la cual concebimos nuestras vidas, el mundo y la Tierra.

La dinámica de dominio, esa mecánica para apoderarse de la vida y la muerte, inventada y usada por todos los hombres, es analizada desde distintos ángulos. Aprender a reconocer sus marcas, su calado, sus trampas. En la subjetividad e intersubjetividad, a la

luz y a la sombra, en la división sutil y explícita, en los silencios... mudos. En sordina con nosotras mismas, con los otros... en la vida íntima, privada y pública, el silencio de los secretos. El patriarcado se afana por mantener estos espacios de manera estanca, separados y desvinculados entre sí, habita a través de su separación y complementariedad perturbada; relaciones desquiciadas que se mantienen mediante la obligatoriedad de cumplir el mandato de guardar los secretos, amparados en las buenas costumbres y la buena educación, las mujeres callamos los abusos, las violaciones, la violencia, las traiciones, los gritos, los maltratos, la explotación... de nuestros padres, hermanos, pero también la de nuestras madres. Una sociedad de secretos, anónimos, invisibles, transparentes, que funciona como el crimen perfecto, todos saben quién es el asesino pero no hay pruebas que lo acusen, porque las pruebas se vuelven volátiles, se deshacen en el mutismo de todos; en el vacío mental, pues no existen estructuras cognitivas (simbólicas) previas que otorguen las herramientas conceptuales que permitan decodificar los significados de toda esta violencia muda, pero real.

De esto trata este libro, de que no tengamos más un plano inclinado ya sea para callar y obedecer, como tampoco, situándonos en la cima, doblegar y sentirnos superiores. En un lenguaje que rehúsa a la abstracción inaccesible —el lenguaje académico de los dioses— entrega las herramientas básicas para tomar conciencia, comprender la profundidad del patriarcado, lo implicadas y colonizadas que estamos, entregando las pistas para iniciar el camino de la deconstrucción de la feminidad, y sin caer en falsos igualitarismos desbroza la feminidad para dejar a la mujer fuera de los símbolos y valores de la masculinidad.

En estos tiempos de oscuridad política para las mujeres, de manipulación social y mordaza intelectual, la reedición de los *Deseos de cambio o... ¿el cambio de los deseos?* viene a ser una especie de palanca para que las puertas de las mujeres se abran, porque, siendo esencialmente político, es un libro que nos habla de libertad, que nos repone como epicentro de la discusión y de la transformación profunda que requiere urgentemente la humanidad.

INTRODUCCIÓN A LA PRIMERA EDICIÓN

Por Margarita Pisano

Este libro expresa la necesidad de ordenar, estructurar y sintetizar las ideas y el conocimiento que junto a otras mujeres he ido descubriendo. Todo lo que he escrito, de alguna manera, son mis experiencias, es mi proceso. En él tuve que desprenderme de ideas y sentimientos instalados en mí por el sistema civilizatorio/cultural. Tuve que reconocer que me aferraba a ellos y darme cuenta que podía ponerlos en cuestión y... seguir viva. Fue el momento de lo que llamo *desprenderse*, no como reacción, sino como condición para liberarse y conectarse con nuestra fuerza interna.

Cuando comencé los “Lunes Abiertos” en el Círculo de Estudios de la Mujer, no me imaginaba que ese espacio de acogida para mujeres fuera el comienzo de un proceso tan importante para mí.

Aunque en los anuncios se ofrecía “Qué es el Feminismo”, llegaban mujeres que tenían deseos de preguntar por esto de “qué es ser mujer”. Durante todos los años que hice los Lunes Abiertos fui descubriendo que en el fondo todas llegaban con esta pregunta. Así fue como comencé a tirar una hebra que iba deshaciendo un tejido muy enmarañado que solo involucrándome podía hacerlo; sino me metía no avanzábamos. Esto hizo que cada vez tuviera que buscar más dentro de mí.

Comencé a ir a talleres de toda clase: sexualidad, terapéuticos, espirituales, esotéricos, etcétera, a ver y mirar qué me pasaba en ellos y qué les pasaba en ellos a las personas y especialmente a las mujeres. Me di cuenta que estos talleres no eran neutros, que trataban constantemente de reinstalar en el sistema mis rebeldías y mis búsquedas y que, sin embargo, me servían, me daban pistas.

Pero para mí faltaba algo muy importante que era la mirada de género; era necesario dar vuelta muchas cosas de las que se experimentaban en ellos. De ahí nació la necesidad de hacer un taller tomando estas experiencias e incorporando la rebeldía de las mujeres como elemento fundamental para ir descubriendo nuestras propias pistas. Fue entonces que comencé con el taller “Revisando Nuestros Procesos”. Me decidí a darlo con mucho más entusiasmo que sabiduría, decía que era convidar el feminismo, invitar a una fiesta.

Ahora ya llevo muchos años haciendo talleres y cursos, creo que he logrado que el entusiasmo se iguale a la sabiduría. Son y han sido espacios de reflexión ya que en ellos trabajo lo que voy descubriendo. Primero fueron los *deseos de cambio*, luego *lo privado y lo público*, pero me faltaba algo y apareció *lo íntimo*... esa relación con una misma.

El paso siguiente fue darme cuenta de que estábamos mirando el mundo siempre situadas desde un *plano inclinado* que nos incapacitaba para percibir la perspectiva del horizonte.

¿Cómo mirar y sentirnos parte del horizonte?

El espacio, el tiempo y la historia nos eran ajenos. Era como si nuestra mirada estuviera atrapada en un ángulo de 90 grados. ¿Cómo ir abriendo este ángulo hasta tenerlo todo, hasta los 360 grados? ¿Cómo trepar por el *plano inclinado*?

Con lo único que tenemos para la vida: nuestro cuerpo. El cuerpo es el único instrumento que tenemos para tocar la vida y si ese instrumento lo recuperamos, nos amigamos con él, nos reconciliamos con él, podemos mirar, tocar, danzar y contar la vida.

Percibí que este cuerpo estaba fraccionado, partido, parcelado, percibí los *cortes/conflictos* que hacíamos con las ideas y valores que nos habían enseñado. Me convertí en una indagadora. Descubrí que a veces las ideas no eran malas, que era la manera, la lógica con que se unían y las hacíamos razones lo que estaba perturbando nuestra manera de relacionarnos. Descubrí que ahí estaba realmente el punto crítico, en la *lógica y dinámica del dominio*.

De ahí o desde la horizontalidad ver el patriarcado como una macrocultura, la *cultura del dominio*... y cómo amábamos en dominio, nosotras las madres. Nosotras que sentíamos que éramos las buenas, las que sí amábamos. Fue el darme cuenta que no amábamos tanto y que amábamos tan mal lo que me llevó a *la obligatoriedad del amor*.

Siempre tratando de deconstruirnos y construirnos descubrí lo atrapadas que estábamos en los *espacios estancos*, especialmente el de la *feminidad*, como en un estanque que no fluye, estático y que se descomponía. Estos espacios estancos que nos dejan estacionadas y detenidas.

Fue necesario entender cuán casadas estamos con el patriarcado (no solo amorosamente sino que ideológicamente) para darme cuenta cuándo estamos en los resentimientos y cuando estamos en la rebeldía y, finalmente, cuando estamos siendo *las regalonas del patriarcado*.

Quiero agradecer a todas las mujeres que durante años han participado en mis talleres y cursos por la sabiduría que me han entregado, por su sinceridad, su disposición a indagar y hurguetear en sus vidas y, sobre todo, por sus deseos de cambio; al Movimiento Feminista Autónomo y a las Cómplices, con las que hago política y especialmente a mi amiga y colaboradora Sandra Lidid, ya que sin su trabajo, oportunos cuestionamientos y apoyo no hubiese podido materializar este libro. Finalmente agradezco el apoyo de Frauen Anstiftung que hizo que esta publicación fuera posible.



CAPÍTULO 1

¿QUÉ ES VIVIR Y MORIR?

Cada uno de nosotros tiene, de alguna manera, una reflexión de lo que es vivir, una idea de cómo queremos vivir nuestra vida. Tenemos una fantasía, tenemos una propuesta por donde transitar, por donde diseñar nuestra vida. Es importante entender que cuando una nace la proposición es vivir la vida, tener una buena vida. En ningún caso la proposición es venir a sufrir a este valle de lágrimas (nadie se atrevería a decirle a una niña de 5 años que la propuesta es que venga a sufrir).

Cuando nos proponemos diseñar el futuro, proyectarnos y fantasear, nos conectamos con deseos muy profundos de cómo vivir en paz y en armonía. Estos deseos están relacionados con nuestras energías más humanas. No creo que ningún ser humano, ni grupo humano, puesto a elaborar propuestas de futuro, se conecte con el deseo de destruir y hacer sufrir. Sin embargo, la realidad es que estamos llenos de guerras, destrucciones y transgresiones a los derechos de las personas, a los derechos de la naturaleza, a los derechos de los animales.

Tenemos miedo de soñar porque estamos atrapados en los fracasos de esta civilización, en la que tanto las mejores ideas como las otras no nos han permitido construir la paz y la armonía (ni siquiera hemos sido capaces de repartirnos el alimento, ni desmontar los ejércitos y la gigantesca industria bélica). Cuando hablamos de futuro hablamos desde la decepción y el fundamentalismo de que “la vida es así” o que “los seres humanos somos así”, oscureciendo nuestras miradas sin lograr ver nuestros deseos y potencialidades de cambios profundos. Estamos hipnotizados en esta dinámica de

destrucción sin percibir la aventura posible de transitar a construir una civilización diferente a la que hoy vivimos.

Si una persona dedicara su vida a acumular cuatro mil veces los elementos para su autodestrucción no tendríamos más que asumir que esa persona está desequilibrada y muy loca, sin embargo esto es lo que estamos haciendo como conjunto social.

Podemos, sin temor a equivocarnos, decir que no tenemos idea de cómo relacionarnos, que no hemos descubierto aún el secreto del “cómo hacer” una sociedad y una cultura que nos contenga a todos y todas en legitimidad. Nuestra forma de relacionarnos es sobre la base del dominio, de ejercer dominio sobre animales, ríos, árboles, seres humanos y todo lo que nos rodea.

INTERDEPENDENCIA CON EL MUNDO QUE NOS RODEA

Los humanos no somos los dueños sino que somos parte de ese conjunto con el que estamos interconectados e interrelacionados, de esto depende nuestra sobrevivencia; somos una especie más en toda esta interacción global que es la que contiene y hace posible la vida. Vivir es estar en interrelación con toda esta globalidad.

Hoy sabemos que para que un ecosistema permanezca, tenga vida, todos sus elementos, hasta el más frágil, es necesario para mantener esta vida. Nuestro concepto de la sobrevivencia del más fuerte por lo menos está en cuestionamiento, la desaparición de especies implica pérdida de la calidad de vida de la totalidad.

Lo que nos diferencia de las otras especies es nuestra capacidad de crear símbolos y valores y, sobre la base de ellos, construir civilización, esto no nos hace superiores ni inferiores a otras especies, es lo que nos hace diferentes a otras especies. En este sentido tenemos la responsabilidad de lo que hemos construido como sociedad y cultura. Si hemos creado una civilización también podemos cambiar la cultura vigente. Creo que estamos en uno de esos momentos críticos en que transitar a otra civilización es ineludible. Podrá sonar como una terrible responsabilidad, pero también podemos tomarla como la gran aventura de lo humano.

ESTAR EN RELACIÓN CON NOSOTROS MISMOS

Vivir es estar en relación con las otras/os, con la naturaleza, con los animales, con todo lo que nos rodea. Pero, además, es estar en relación con nosotros mismos. Esto es tan obvio, que por obvio está sumergido y, sin embargo, esta relación es —quién sabe— la más importante para poder relacionarnos con los otros y es la que está más perturbada e intervenida. Para vivir una buena vida, tenemos que estar relacionados con el mundo externo (los otros) y fundamentalmente con nuestro mundo interno (nosotras).

*Las relaciones no son estáticas, son movimiento.
Una tiene que aprender a moverse a través de
las relaciones, manteniendo la propia libertad,
la propia iniciativa y el propio equilibrio¹.*

Cuando estamos en relación sin esas tres condiciones perdemos la libertad, la iniciativa y nuestro equilibrio. Cuando no se tienen estas condiciones nos sentimos solas, aisladas. Entonces estamos en la supervivencia física, pero no estamos en la buena vida. Corremos todo el día para estar angustiosamente rodeadas de gente, sin saber estar solas.

Qué miedo quedarme sola!
Qué miedo tener que relacionarme conmigo misma!
¡Qué miedo tener que meterme con mis dificultades, con mis miserias!
Qué miedo!

Si me doy cuenta que tengo miedo puede empezar el proceso de conciencia. Pero este proceso de conciencia que solo se producirá si entramos en relación con nosotras mismas, con nuestro cuerpo, con nuestra mente, con nuestra alma y con nuestra capacidad de pensar. Si no desarrollamos esta capacidad de toma de conciencia no podremos leernos completas como seres humanas y nunca vamos a querer/poder estar solas.

¹ Vimala Thakar, *La urgencia por la libertad*, Santiago de Chile, Ediciones Minga, 1984, p. 2 y 7.

En los momentos en que estamos en relación con nosotras mismas estamos en el silencio. Este silencio, esta soledad es muy importante para poder relacionarnos con los demás, porque sino es estar en el ruido, es correr detrás en una interrelación, correr detrás de personas para no quedarnos solas. Esto es negarnos y al mismo tiempo negar a los que buscamos en ese ruido.

Una se va descubriendo cuando se plantea la búsqueda de la libertad, del equilibrio y la armonía. Es en esta relación con nosotras mismas donde tomamos conciencia y nos conectamos con todas nuestras capacidades y potencialidades. Tenemos que ir andando y buscando, pero si no encontramos la libertad, el equilibrio y la armonía en nosotras mismas, no lo podremos construir en lo público ni en lo social.

El silencio es el espacio donde una hace conciencia, hace reflexión, donde una se descubre. Es como la música, para tocarla se necesita silencio; también a la conversación –en los puntos y las comas– le fuimos poniendo silencios...

Se puede hablar muchísimo más sobre qué es vivir y morir, pero tenemos que ver cómo hemos ido construyendo este sistema de cultura que se llama patriarcado y que es un sistema que ha construido en el dominio las relaciones humanas y con la naturaleza.

LA CULPA

Esta cultura ha significado al acto de nacer, de corporalizarse, como culpable (pecado original). Una cultura que significa el acto de nacer como culpable no puede producir seres humanos sanos.

Nuestra vida es un constante proceso de limpiarnos de esta culpa, de lograr perfecciones de modelos inalcanzables (supuestamente divinos), lo que nos deja siempre en carencias culpables, produciendo seres humanos enfermos y no legítimos habitantes de este planeta. Debemos ganarnos el derecho a estar en la vida con el sudor de nuestra frente, en el dolor y en el sufrimiento, con la sobrevivencia del más fuerte como ley natural.

Así, ensombrecemos esto del vivir –que es una aventura maravillosa, llena de procesos de interacción con otros y con la

tierra— con el miedo y la culpa, como tránsito juzgado desde un Tribunal que puede condenarnos.

Una cultura que impregna el hecho de nacer con la culpa está construyéndose a sí misma como una cultura depredadora.

LO NATURAL

Hay una dinámica bipolar propuesta entre lo divino y lo natural (sinrazón), es una dinámica que genera una constante contradicción nunca resuelta. Nos sentimos con dos polos en tensión: lo bueno y lo malo; una parte superior, racional y una parte inferior, intuitiva; una parte buena, moral y una parte inferior, perversa. En esta lectura subyace la dinámica del dominio: habrá que dominar lo perverso para que prevalezca lo bueno, lo superior.

Como dije anteriormente, lo que nos diferencia de otras especies es solo nuestra energía autoconsciente. Es nuestra capacidad creativa del razonamiento y de la conceptualización lo que nos da la potencialidad de las transformaciones. Sin entender esto solamente apelamos desde el esencialismo a mitigar lo negativo, recurriendo al mismo sistema de dominación, sancionando y castigando a esta parte negativa. Así reciclamos constantemente el sistema haciéndonos funcional a él.

Es importante entender dónde, cuándo y cómo se construyen estos sentimientos/ideas de dominio, este orden/desorden. Si no queremos entender esto podemos seguir viviendo como estamos, amortiguando el sistema, creando estructuras sancionadoras, creyendo que los seres humanos somos esencialmente malos y buenos. Pensar así es estar en un esencialismo fundamentalista, es apelar a una naturaleza sin capacidad de transformación, negando incluso nuestro propio proceso histórico.

La cultura patriarcal nos fracciona en cuerpo/alma, cuerpo/espíritu, cuerpo/mente. El cuerpo es declarado naturaleza a dominar “por la fuerza de la razón y los valores supremos del espíritu”. Las conductas que no responden al orden simbólico-valórico vigente y sus normas establecidas son declaradas irracionales, locas, inmorales. En relación con la persona se van construyendo las ideas/sentimientos de superioridad e inferioridad que impregnan todo nuestro sistema

asignándole al cuerpo la inferioridad. Las representaciones de los humanos y sus cuerpos están saturadas de insinuaciones sobre lo pecaminoso del cuerpo y sus deseos.

El cuerpo de la mujer es el más culpable en el orden simbólico valórico del patriarcado (la tentación/ocupación/conquista). La capacidad reproductiva del cuerpo/mujer es transformada y atribuida a un hecho de la naturaleza y de la voluntad divina, según sea el caso, y no a un hecho de lo humano. La procreación es una capacidad del cuerpo de la mujer, pero no es solo un hecho del cuerpo, es una capacidad en la que interviene una persona humana completa y en sí misma que decide ejercer esta potencialidad, por lo menos así debió, debe y puede ser.

En este juego de prestidigitaciones en que no aparece la mujer pensante, con voluntad de decidir, se deslegitima a la mujer en lo más básico, que es decidir sobre su cuerpo, su soberanía. De ahí a deslegitimarla como constructora de sociedad y cultura no hay más que un paso. Al marginar esta experiencia de la mujer y sus potencialidades la cultura patriarcal pierde su capacidad transformadora.

Por lo tanto, el proceso conlleva nuestra corporalidad, conlleva recuperar un lugar en el que la cultura vigente ha instalado la culpa. Recuperar nuestro cuerpo también implica recuperar el proceso de la vida y de la muerte; este proceso de sabiduría que las diferentes ideologías religiosas han atrapado en el deseo de prolongación de la vida, construyendo toda clase de ofertas, como si fuera un mercado: paraíso, infierno, reencarnación, otras vidas, etcétera, como premio o castigo.

EL CUERPO COMO NATURALEZA A DOMINAR

Nuestro cuerpo, al leerlo solamente como naturaleza, pasa a ser otro campo de dominio. Sin embargo, el cuerpo tiene la capacidad del sentir y del emocionar; *es el único instrumento con que tocamos la vida*. A través de la historia el cuerpo ha sido y es el lugar político por excelencia, es uno de los lugares desde donde podemos retomar las pistas para transitar hacia otra cultura que lo contenga y no lo niegue.

Esta dimensión de la corporalidad, marcada como “naturaleza” entendida como salvaje, instintiva e irracional –especialmente en lo que se refiere a la mujer, reducida solo a dimensiones físicas y básicamente reproductivas–, es también una muestra del reduccionismo del patriarcado. El sistema de valores del patriarcado no acepta la corporalidad como un lugar de aprendizaje y de conocimiento desde y donde, junto a nuestra energía autoconsciente, nuestra razón, construimos sabiduría. Al negarlo, gran parte de la información que nos da el cuerpo se pierde.

Para su existencia el sistema patriarcal necesita la violencia y se sostiene en lo cotidiano –especialmente en el mundo de los afectos– en una violencia ejercida directamente sobre el cuerpo de la mujer. Es en el cuerpo negado, el cuerpo sufriente, el cuerpo sacrificado, el cuerpo como maligno, el cuerpo como instinto, fuerza a dominar, donde se signa nuestra cultura de la cruz.

En los siguientes párrafos del Génesis está totalmente explicitado el dominio del varón sobre la Tierra y todas las especies y también el dominio del hombre sobre la mujer. Este acto de dominación está impregnado de soberbia. El hombre aparece como especie superior a todas las especies, es el único hecho a imagen y semejanza de Dios, con una ayudanta por mandato divino.

El dominio de la naturaleza como mandato de Dios.

Dijo Dios:

*Hagamos al hombre a imagen nuestra,
según nuestra semejanza, y dominen en los peces del mar,
en las aves del cielo, en los ganados y en todas las alimañas
y en toda sierpe que serpea sobre la tierra.*

Y creó Dios al hombre a imagen suya: a imagen de Dios lo creó; macho y hembra los creó.

Y lo bendijo Dios y les dijo:

*Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla;
dominad en los peces del mar, en las aves del cielo
y en todo animal que serpea la tierra.
(Génesis, 1:26-28)*

En este texto bíblico encontramos el germen de la depredación que hacemos a nuestro planeta, el mandato de someterlo. Y encontramos a una desaparecida, porque luego el Génesis continúa.

Dijo luego Yahvé Dios:

*No es bueno que el hombre esté solo.
Voy a hacerle una ayuda adecuada.*

Y Yahvé Dios formó del suelo todos los animales del campo y todas las aves del cielo y los llevó ante el hombre para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera. El hombre puso nombre a todos los ganados, a las aves del cielo y a todos los animales del campo, mas para el hombre no encontró ayuda adecuada. Entonces Yahvé Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, el cual se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. De la costilla que Yahvé Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre, entonces, este exclamó:

*Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne,
ésta será llamada varona, porque del varón ha sido tomada.*
(Génesis, 2:18-23)

EL DOMINIO DEL HOMBRE SOBRE LA TIERRA Y LA MUJER

El patriarcado se funda en el ámbito de los afectos y las emociones y se traslada al de la razón. Es en el espacio de la familia, de la relación parental donde:

- Aprendemos a sentirnos dominadores-legítimos unos, dominadas-invisibles otras.
- Aprendemos a deslegitimar por raza, por género, por clase, por edades.
- Construimos una cultura del desecho en la que unos valen más que otras.

- Aprendemos a identificarnos interna y externamente como masculinos o femeninas.
- Donde reconocemos en el padre varón la autoridad y la creatividad.

Esta construcción en el ámbito de las relaciones, fundadas en los sentimientos, se traslada al mundo de la razón construyendo el orden simbólico-valórico en que vivimos (una ideología). Es decir, se construye en el ámbito de los afectos, se introyecta en el ámbito inconsciente y se traduce al de la razón y así se construye la acumulación de saberes, deberes seres, costumbres, creencias, prejuicios que constituyen esta cultura que, finalmente, es una macroideología fundamentalista, esencialista, que convierte en natural nuestras características culturales.

El varón es quien nos da el nombre, nos sitúa social y económicamente: es él quien detenta y define el poder en lo público, en lo privado y en lo íntimo (nosotros mismos). En una sociedad estructurada de esta manera por supuesto que las relaciones están en conflicto, en fricción, pues nadie nace naturalmente como humano para ser inferiorizado, por lo tanto siempre ha existido una resistencia –implícita o explícita–. Las relaciones así construidas están impregnadas de tretas, manipulaciones y seducciones que son las formas aceptadas del juego del poder en la dinámica del dominio.

Pensar/sentir que unos son superiores a otros solo por tener diferencias constituye el sistema. Es la deslegitimación que hace posible el dominio. Esto tiene género, tiene sexo, tiene cuerpo y es en el ámbito del afecto, del sexo, del amor y del pensar donde al aceptar el dominio, la propiedad sobre otros seres, lo proyectamos a la razón como “natural”, produciendo así esta cultura fundamentalista y paralizante.

Debemos entender y aceptar que estamos en una macroideología esencialista que declara como natural ciertas hegemonías a partir de las cuales estructura todo. Esta macroideología se autodeclara única, válida, buena para el destino humano y no ideológica. En su propuesta subyace la homologación a sus modelos. Esta cultura basada en el dominio es lo que llamo una macrocultura patriarcal y es una construcción cultural modificable que tiene un inicio en el tiempo y, por lo tanto, también tiene un término.

Cuando nacemos, nacemos con un cuerpo sexuado: mujer y hombre. Este hecho tan simple de ser mujer y hombre, de ser *diferentes*, nos es transmitido con una carga emocional de *desigualdad*. Unos “deben ser” grandes, fuertes, inteligentes, racionales; las otras “deben ser” pequeñas, sensibles, sumisas, intuitivas, frágiles, débiles, casi inútiles. Esta diferencia se convierte en una desigualdad marcada en nuestro mundo de las emociones, en nuestro mundo subjetivo. Esta desigualdad “inicial” facilita todas las otras desigualdades.

Estas cargas emocionales recibidas en nuestras primeras percepciones de la vida, nos marcan y facilitan todas las otras desigualdades, nos conceden el derecho, internalizado, de establecernos unos sobre otros, marcan a unos y a otros en oprimidos y en opresores. Es así como empezamos a defendernos unos de otros; establecemos una manera de relacionarnos basada en la desconfianza, aprendemos de las injusticias y descubrimos el poder de dominar. Pero, dentro de todo, y a pesar del dominio, empezamos a desarrollar “ideas” de libertad y de igualdad... como utopías.

LA VIOLACIÓN DE LOS DERECHOS DE LAS PERSONAS COMO CONSECUENCIA DE LA DINÁMICA DEL DOMINIO

La violación de los derechos de las personas se produce cuando sentimos el derecho de propiedad sobre otras vidas, asignándonos el poder incluso de legitimar a algunos y deslegitimar a otros, incluso eliminándolos. El problema no es la propiedad de bienes materiales la que puede ejercerse en el derecho a ocupar este planeta, a cuidarlo, a protegerlo, a colaborar con él, así por lo menos debería ser. El problema es asignarse el derecho de propiedad de otra vida.

El cuerpo es el lugar físico que testimonia la represión y la transgresión de los derechos humanos. En él tenemos el certificado de la transgresión. El relato queda confirmado y ratificado por este testimonio. El Holocausto se certificó en las imágenes de los cuerpos en los campos de concentración, La búsqueda de los cuerpos de los desaparecidos es una de las dimensiones más válidas, patéticas y dolorosas de nuestra historia reciente.

Cuando nos organizamos en defensa de los derechos de los/las más desposeídos, de los/las más vulnerables, de los derechos

humanos, apelamos a los sentimientos más altruistas, a la parte “buena” de nosotros mismos. Sin embargo, la transgresión de los derechos de las personas es un producto de la construcción cultural patriarcal. Estamos hablando de una sociedad en la que la hegemonía la ejercen personas que están socializadas, educadas, insertas y construidas culturalmente en el dominio.

DINÁMICAS DE COLABORACIÓN

Tenemos vestigios de civilizaciones en las que las dinámicas no eran de dominio sino de colaboración y no estaban marcadas por la ley del padre. Estas civilizaciones recién estamos empezando a leerlas sin los prejuicios que impregnan nuestra mirada, ya que la historia oficial está marcada por el orden simbólico-valórico de la dominación².

Nuestra historia es el relato de lo heroico-patriarcal, donde han quedado invisibilizados los deseos y las propuestas de cambio que incluso en ella misma podríamos leer. Nuestras fantasías nos pueden dar pistas de la potencialidad que tenemos de transformarnos. Los avances de la ciencia contienen aportes al bienestar de la humanidad, sin embargo al ser atrapados por la lógica del dominio se revierten propiciando y concretando una cultura del desecho. Desecho de mujeres, de hombres, de animales y de naturaleza, entre otros.

Leída desde el patriarcado nuestra historia señala como “avances” de la humanidad el dominio de la naturaleza, de un pueblo sobre otro pueblo, conquista de territorios, del espacio, del tiempo. Vencemos el espacio, vencemos el tiempo, vencemos los mares. Vencemos. Es la guerra que invisibiliza la creatividad humana atrapándola en su lógica de dominio. Las otras lógicas, las otras percepciones, que subyacen en el imaginario colectivo, son descalificadas, perseguidas, deslegitimadas, impidiéndonos conectarnos con estas otras potencialidades.

Mirar lo que hemos construido no puede producir más que deseos de cambio.

² Ver investigaciones históricas y antropológicas de los inicios del patriarcado de Kate Millet, Victoria Sendón de León, Riane Eisler.

Desmenuzar la dinámica del dominio es la propuesta. Solamente si logramos entender que esta dinámica es una construcción cultural y no natural, podremos enfocar los derechos humanos desde una perspectiva transformadora de cultura.

Cuando nos preguntamos cuándo, dónde y cómo hemos ido construyendo una cultura basada en el dominio debemos poner un ojo observador que nos involucre personalmente en nuestros sentimientos, valores, creencias, modos de vida y símbolos, ya que ellos impregnan nuestra manera de hacer política, que no es otra cosa que la continuidad en la construcción de la sociedad y la cultura.

CAPÍTULO 2 LOS ESPACIOS ESTANCOS Y LOS CORTES/CONFLICTOS

LO ÍNTIMO, LO PRIVADO Y LO PÚBLICO, SUS SILENCIOS Y MENTIRAS

Lo público es como la calle, la plaza. Es el museo, es la historia, es lo político, es lo social. Es el espacio del ciudadano y por excelencia del varón. Es el mundo donde se reproducen, confrontan y legitiman las ideas.

Lo privado es la casa, lo que queda detrás de la calle. Donde se dan las relaciones afectivas, es el espacio de la pareja reproductiva por excelencia.

Lo íntimo es lo individual, es la relación consigo mismo, nuestra dimensión única, irrepetible y donde la corporalidad lo significa.

Estos tres espacios están profundamente interrelacionados e interconectados y deberían ser fluidos. Sin embargo, están contruidos culturalmente como espacios estancos, separados, cerrados, lo que los hace estar en continua interferencia de energías encontradas, silenciadas, en constante fricción.

LO ÍNTIMO

Es en el espacio de *lo íntimo* donde comienza el silencio. Es aquí donde los sentimientos se transforman en *deberes seres*. Es en lo íntimo donde aprendemos a sentir lo que *debemos sentir*, como un mandato y no a dejarnos sentir lo que sentimos. Apenas tenemos un deseo

lo calificamos de bueno o malo, lo reprimimos antes de expresarlo, transformándonos en deshonestos y por eso es el silencio.

Sentimos con el cuerpo y sus manifestaciones están interferidas, no solo por el *deber ser* del mandato externo (ideológico, cultural), sino por el *deber ser* que nosotros mismos construimos y que puede ser tan fuerte que nos convierte en seres no expresados y muy deshonestos, porque perdemos en este proceso lo que realmente somos, sentimos y pensamos.

LO PRIVADO

La familia es uno de los espacios más importantes y el primero donde aprendemos las relaciones de afecto, donde aprendemos a amar/odiar, donde aprendemos a relacionarnos con nosotros mismos y con los otros, y es en la familia donde la corporalidad y lo íntimo están más controlados, es aquí donde las relaciones se jerarquizan sobre la base de derechos asignados culturalmente y donde el orden simbólico le asigna a nuestra corporalidad los valores estancos de lo femenino y lo masculino. Es en este ámbito donde aprendemos rápidamente una pertenencia que está impregnada de propiedad.

Los hijos son de los padres, los padres son de los hijos

El problema de la propiedad sobre las vidas es el problema de nuestra civilización. Nos da licencia para exterminar pueblos enteros por salvajes y primitivos, nos da licencia para silenciar conocimientos e invisibilizar y justificar barbaries, da licencia para obligar a las mujeres a ayudar y servir a los hombres. La esclavitud hoy existe, no la hemos eliminado. Desde los continentes desarrollados se compran mujeres y niños (por partes o enteros, tráfico de órganos).

Nacemos con un cuerpo diferente hombres y mujeres

Esta diferencia la construimos culturalmente en espacios estancos, signándole a cada sexo funciones, representaciones, modos de ser absolutamente cerrados y herméticos.

A unos los declaramos legítimamente dominadores y les asignamos el espacio de lo público, del conocimiento y de la razón y, por supuesto, de la palabra.

A otras las declaramos legítimamente sumisas, asignándoles el mundo de la comprensión, la intuición y el silencio/mudo.

A unos los legitimamos por sus productos: cultura, ciencia.

A otras por la reproducción como un hecho de la naturaleza sin una participación de lo humano como voluntad.

Aquí es donde se marca el *segundo círculo del silencio*. El mundo de *la familia* compete solo al grupo y por lo tanto es *lo privado*, lo no público, de lo que no se habla, pero se murmura en los rincones.

Las mujeres entendemos mucho de esto, hemos hecho resistencia a este sistema. Las feministas hemos comenzado a romper los círculos del silencio y le hemos puesto nombre a algunos: violencia sexual, discriminación sexual, división sexual del trabajo, feminización de la pobreza, sexismo. Hemos cuestionado la construcción de una sociedad basada en discriminaciones de edades, razas, clase y sexo, iluminando estas contradicciones desde la perspectiva de género.

LO PÚBLICO

Como consecuencia de estos círculos sucesivos de silencio, en lo público, entonces, generalmente decidimos hacer lo que no queremos hacer: no queremos guerra y estamos llenos de guerras, no queremos violación de derechos humanos y estamos llenos de transgresiones a ellos.

La tragedia que vivimos es que en lo público decidimos lo contrario de nuestros deseos individuales o íntimos. Si nos preguntamos si queremos derechos humanos, contestamos que sí; si nos preguntamos si queremos construir armas para destruirnos, contestamos que no.

Nuestros deseos, al estar perturbados, no tienen nada que ver con lo que decidimos como conjunto en el espacio de lo público.

Esta esquizofrenia humana no es otra cosa que la escisión/contradicción en que vivimos: deseamos algo, pero hacemos exactamente lo contrario.

Queremos una sociedad libre de explotación y, sin embargo, buscamos seguridad en propiedades, en posiciones, en armas, y

ninguna ideología dominante, religión, ni sistema político nos va a sanar de esta locura. Para salirnos de ella, para sanarnos de esta fragmentación, debe ocurrir un cambio muy profundo en cada uno de nosotros, en nuestra manera de *relacionarnos* con nosotros mismos, entre nosotros, y con todo el planeta.

Construimos sociedad con lo que somos. Debemos indagar y descubrir cuán divididos y fragmentados estamos cada uno de nosotros internamente. Sin saber realmente qué somos, divididos, parcelados y tironeados, proyectamos esta violencia en aquello que construimos para poder relacionarnos unos con otros.

Si estamos fraccionados, construimos una sociedad fraccionada y en fricción.

Si tenemos miedos, si tenemos prejuicios, armamos una sociedad llena de protecciones, llena de prejuicios.

Si nuestro cuerpo es un enemigo, el cuerpo de un otro también lo es. Así impregnamos lo que construimos como sociedad de racismo, sexismo, clasismo, nacionalismo, culturalismo, etcétera. También nuestro miedo nos separa en discriminaciones por edades y construimos el generacionismo.

Los espacios de lo público, lo privado y lo íntimo se conectan entre sí en doble vía: lo que se ha construido en lo íntimo lo repetimos en lo público, como el racismo; lo público, de lo primero que se preocupa es determinar reglas (como las leyes referidas a la sexualidad) de cómo nos relacionamos con nuestro cuerpo y con nuestro mundo de afectos.

Estas dobles vías no están explicitadas y no son visibles, de tal manera que desentrañarlas es apuntar a lo más profundo de nuestra cultura.

Nuestra biografía, la biografía de cada una de nosotras, implica estas tres dimensiones de lo íntimo, lo privado y lo público. Cuando hablo de biografía me refiero al desafío de entender lo que hemos producido como humanidad y nuestra participación en ella. Me refiero al desafío de descubrir, no solo nuestros propios derechos humanos, sino las transgresiones que nos hemos hecho a nosotras mismas(os) y a las otras(os) y las transgresiones que hemos hecho a los seres vivientes de la Tierra, a la Naturaleza.

Si en lo íntimo transgredimos nuestro cuerpo en lo público ¿por qué no lo vamos a hacer?

LOS CORTES CONFLICTOS

Detrás de los sentimientos hay ideas, valores, símbolos. El sentir está mucho más determinado culturalmente por las ideas y creencias que por reacciones de energías no condicionadas.

Los sentimientos no son neutros, tienen un orden simbólico. Cuántas ideas equivocadas nos han hecho sufrir sin que tengamos conciencia de que estamos sufriendo por razones que ni siquiera son nuestras!

Como construimos sociedad de acuerdo a sentimientos determinados por los valores y símbolos que tenemos, si sentimos que los indígenas son inferiores armamos un sistema para no ver sus conocimientos como válidos y para que no accedan a nuestro conocimiento ni al bienestar, pero sobre todo, para que *no accedan a nuestro mundo de afectos y respetos*. Así, podemos mantenerlos al margen de tal manera que cumplan efectivamente lo que sentimos: prejuicios y rechazos. Esto tiene expresiones muy sutiles casi no percibidas por nuestra razón, es la sinrazón de la que hablaba Albert Camus.

A partir de estas descalificaciones se van estructurando lo que llamo *los cortes/conflictos* y las diferentes identidades en que se construye el patriarcado.

Estos *cortes/conflictos* atrapan a la persona, limitan sus capacidades, su libertad, manteniéndola en una guerra interna que le absorbe gran parte de sus energías y sus potencialidades. Esto tiene su correlato en lo que hacemos como sociedad.

El patriarcado construye estas identidades en *cortes/conflictos* entre sí sobre la base de carencias que él mismo estructura: negros/blancos, mujeres/hombres, niños/jóvenes/viejos, sudacas/europeos, productivos/improductivos, pobres/ricos, feos/bellos.

Si miramos nuestro planeta veremos que estamos en una civilización que nos está llevando a la destrucción, que no hemos resuelto cómo vivir en paz y armonía y que todo lo que nos rodea es violencia, *cortes/conflictos*. Esta es una civilización basada en la competencia y la agresión, en quién domina a quién, en quién le pertenece a quién.

Creemos que debemos dominar la vida y la naturaleza, que la tierra y lo que en ella crece y habita están para ser tomados por

el hombre, que están para su servicio y complacencia. Esta lógica solo produce violencia y destrucción.

Nuestras relaciones intergeneracionales, niños, jóvenes, viejos, están impregnadas de discriminaciones tan fuertes y violentas como las existentes entre hombres y mujeres, entre razas y entre clases, que generan fricciones, que no son otra cosa que los conflictos y guerras que presenciamos día a día.

Debemos indagar en nosotros mismos el porqué hemos llegado a construir un mundo tan fragmentado, tan rígido, un sistema que hoy nos tiene aprisionados, detenidos y estancados.

CAPÍTULO 3

EL CORTE/CONFLICTO DE LO MASCULINO/FEMENINO

Las feministas hemos descubierto que nuestra forma de relacionarnos está traspasada por la *dinámica del dominio*. Es en la relación hombre/mujer, en el mundo de los afectos de la pareja reproductiva (la familia), donde aprendemos e internalizamos como natural que unos son más legítimos que otros (unos superiores a otros).

A partir de esta relación entre hombre y mujer instalamos la lógica del dominio que permea y traspasa todas nuestras relaciones: entre jóvenes y viejos, blancos y negros, ricos y pobres, cuerpo y espíritu, hombre y naturaleza.

La experiencia de las mujeres está marcada por el patriarcado en la negación de nuestro cuerpo y de nuestra capacidad de crear cultura.

Con la recuperación de nuestra dimensión corporal hemos podido hacer procesos que nos permiten empezar a salirnos de relaciones de dominio. Hemos aprendido durante años que si no queremos nuestro cuerpo, si estamos maltratándolo, nos dejamos maltratar y también maltratamos a otros.

Es importante desarrollar el cuerpo, entenderlo, no como máquina, sino como un informante de saberes, de sentimientos, de razones, de múltiples energías.

Si relacionamos nuestro cuerpo con lo que sentimos y con lo que pensamos, podremos comenzar a tomar conciencia de lo ideologizadas que estamos por la cultura vigente y sus valores. Entonces podremos recuperar la autonomía, ejercer la creatividad

y la capacidad de diseño de nuestros propios valores. Podremos comenzar a desprendernos de demagogias íntimas que usan “supuestos sentimientos” como razón de nuestros actos, sin hacernos responsables de ellos.

Si esta capacidad de crear otra cultura la proyectamos a lo público habremos avanzado en los cambios que necesitamos. Entonces sí estaremos rompiendo el fraccionamiento, el *corte/conflicto*, y podremos comenzar a diseñar una sociedad más responsable y ética.

La construcción de lo femenino y lo masculino constituye uno de los *cortes/conflictos* en que se sostiene el patriarcado.

Estos espacios estancos de lo femenino y lo masculino signan a las personas, mujer y varón, con una serie de símbolos y valores de lo que deben ser cada uno de ellas:

Lo masculino como lo creativo, lo autónomo, lo independiente; lo que contiene la razón y la lógica. Lo masculino crea la cultura y, por lo tanto, construye lo social y lo político. Es esencialmente lo que constituye lo “humano”.

Lo femenino como lo intuitivo, lo sensible, lo débil, lo dependiente; el mundo de los afectos y del amor. Su principal función es la reproducción como mandato de la divina naturaleza y no como un acto de lo humano.

Nuestros cuerpos sexuados mujer/hombre, atrapados en estos espacios cerrados y fijos de lo femenino y lo masculino, nos producen resistencias conscientes e inconscientes, ya que es imposible responder a una representación simbólica tan restrictiva y arbitraria asignada a nuestra corporalidad.

A través de la historia el sistema reacomoda los *cortes/conflictos* permanentemente. Lo femenino y lo masculino también en la historia han sufrido modificaciones, pero sin alterar su orden jerárquico y su simbolismo más profundo.

Como consecuencia de los cuestionamientos del feminismo a este orden simbólico/valórico, actualmente se habla mucho de nuestro lado femenino o masculino y de un supuesto equilibrio que debe existir en los hombres al desarrollar su lado femenino y en las mujeres su lado masculino.

Cuando se quiere aludir a lo sensible se dice, mi lado femenino, y cuando se alude a lo creativo y autónomo se dice, es mi lado masculino, sin romper el orden simbólico, ya que lo que se ha

hecho es trasladar el *corte/conflicto* a la persona sin que los valores de superior e inferior hayan sido desmontados. Así la fricción ahora es interna. Cada uno de nosotros trata de recuperar algo de femenino o masculino de acuerdo a lo que le va conviniendo.

Sin embargo, los atributos de lo humano no pueden estar condicionados a uno u otro sexo. Una persona no tiene una parte femenina y otra masculina, no está fraccionada en dos. Un cuerpo/persona expresado con todas sus potencialidades rompe con esta lectura en constante fricción de lo masculino con lo femenino: es parte de la libertad.

La creatividad, la autonomía, la independencia, la intuición, los sentimientos son potencialidades de lo humano, no tienen sexo. Si hay una palabra que me rebela escuchar es la palabra femenino asociado a la mujer. Porque una parte importante de lo humano me queda fuera de mi persona.

La gran experiencia histórica de lo femenino ha sido fundamentalmente ser un complemento: alguien, este ser femenino que completa algo. Podemos leer en la producción simbólica de la humanidad este complemento, sin embargo, no aparece la mujer como productora de cultura. Es la mujer la que ha estado invisible, no lo femenino como categoría política.

La construcción simbólica sobre la feminidad ha ocupado una parte importante en la producción de la cultura y ha sido hecha desde un cuerpo ajeno, el cuerpo varón. La mujer no ha existido, aunque ha resistido. Lo que ha existido es la feminidad como un producto de la construcción ideológica.

Lo masculino es construido por los propios varones. Ellos han gestionado sus simbolismos, lo que hace una gran diferencia con lo femenino. En este sentido es distinto a la feminidad, porque la masculinidad potencia la capacidad de lo humano de crear y pensar cultura, modos de relación y diseños de la propia vida.

Mientras no nos desprendamos de este orden simbólico/valórico de la feminidad y la masculinidad, nuestros aportes y deseos de cambio permanecerán funcionales a la cultura patriarcal. Desmontar del imaginario humano la lógica del dominio es instalar en este imaginario otra lógica y otra ética. Una lógica cíclica, abierta, permeable, integradora de la diversidad, en la que la diversidad sea fuente de información, no de contradicción, de conocimiento, de

creación, una lógica que rompa el concepto de enemigo, una lógica que respete a la naturaleza en su ciclicidad y en su temporalidad, una lógica que rompa el deseo inalcanzable de seguridad mediante la acumulación, del poder como control sobre otras vidas.



CAPÍTULO 4

Y TODAS LAS ALIMAÑAS QUE SERPEAN LA TIERRA

Hoy día, con el avance científico, sabemos que todo lo que nos rodea contiene energía y es energía, no hay nada en el planeta que no la contenga, no existe materia muerta y hasta la más pequeña piedra contiene energía. Todo pertenece a un gran sistema interrelacionado e interconectado.

La espiritualidad es una de las energías que existe y que nos conecta con la totalidad. Nosotros, seres humanos, tenemos la energía de la mente, de la capacidad de pensar, de la sexualidad, del movimiento; tenemos múltiples energías y una de ellas la podemos llamar espiritualidad. Es una experiencia que nosotros los humanos podemos percibir, comprender y expresar usando otras energías como la de la mente. La flor no tiene la capacidad de expresarla, lo que no quiere decir que no la tenga. La flor tiene espiritualidad, porque para que ella exista tiene que haber un sistema interconectado e interrelacionado que permita que ella se materialice, que tenga vida e interaccione con los otros elementos.

Sobre la espiritualidad hay tantas interpretaciones como individuos existen. Cada persona tiene esa energía y tiene vivencias de esta energía. Estas vivencias de la espiritualidad son únicas y originales y están relacionadas con lo que es la vida... y la muerte.

LO ESPIRITUAL EN MANOS DE LAS IDEOLOGÍAS RELIGIOSAS

La religiones han armado su poder atrapando la vivencia de la espiritualidad en un macrorrelato racionalizado, en un cuento con



símbolos y valores contruidos desde lo humano, en una ideología con normas y dogmas. Esto ha sido posible porque se basan en vivencias muy profundas y reales de la experiencia humana y de la globalidad del universo. Al atrapar nuestra espiritualidad las religiones reducen su dimensión sagrada y libre.

Sometido a un sistema de normas, el ser humano queda limitado en la relación consigo mismo y con los otros, desresponsabilizándose de lo que construye como sociedad y cultura. Siempre buscará alguien o algo (institución y/o persona con mandato divino) que le haga el relato y establezca las normas (guruismo). Como ya han dicho otros, en esta reducción racionalizada de la espiritualidad se han negociado aspectos preciosos y sagrados del ser humano.

Signarnos a la especie humana como la especie superior, la única que adviene a lo divino, es el acto más egótico que produce esta, nuestra cultura. En nombre de estas ideologías nos convertimos en jueces y asesinos al mismo tiempo por el poder que supuestamente nos confiere esta conexión con lo divino.

Se destruye y violenta, se mata y domina cuando se cree en una verdad única, imponible y divina. En nombre de esta verdad y esta razón se entra en la dinámica del dominio. La historia del patriarcado es la historia del exterminio. En nombre de la religión se hicieron matanzas, en el de la ideología masacres. Siempre el hombre encuentra una razón “justa” para el exterminio, por ejemplo, la conquista americana, la trata de esclavos, el exterminio de las brujas, los miles y miles de desaparecidos en Latinoamérica.

La violación de los derechos humanos es cotidiana y no hay ningún espacio, ni público, ni privado, ni íntimo en el que no se esté transgrediendo esta dimensión sagrada, que contiene a hombres y mujeres y también a los animales de la tierra, a las aves del cielo y a todas las alimañas que serpean la tierra.

Las religiones nos han dado una explicación desde una razón patriarcal simbólica, desde una ideología de dominio. Retomar nuestra espiritualidad, es no instalar otra ideología, otro cuento.

EL MESTIZAJE COMO PROCESO DE DOMINACIÓN Y CONTROL DE LA ESPIRITUALIDAD DE LOS PUEBLOS

Algunos pueblos originarios tienen un profundo respeto y conocimiento de la naturaleza y de los equilibrios entre naturaleza y ser humano. Estos pueblos no arrasan bosques porque entienden la relación entre su bienestar y el ecosistema que lo sostiene. El sistema patriarcal con su lógica de dominio y acumulación califica a estos pueblos como flojos, de esta manera sus conocimientos son invalidados e invisibilizados.

La historia de la conquista de Latinoamérica es una historia relativamente reciente (500 años) y podemos distinguir dos características importantes: fue hecha por hombres solos, sin familia; fue hecha en nombre de una religión.

Es entonces la mujer del pueblo originario quien juega un rol fundamental en este proceso. El cuerpo de la mujer fue el instrumento del conquistador, produciendo un cuerpo mestizo, mestizaje que trascendió el cuerpo para penetrar también la espiritualidad y la cultura, porque el conquistador impone su Dios y el modo de relacionarse con él.

Las culturas prehispánicas construían una pirámide a la cual subían para conectarse con lo cósmico, siendo su cuerpo la cumbre de la pirámide. El conquistador atrapa el espacio en un templo cerrado y en ese espacio, con su cuerpo disminuido, se relaciona con la espiritualidad reducida a una iconografía doliente e incorpórea llena de imágenes que nos representan cuerpos sacrificados y clausurados. El cuerpo y la sexualidad son señalados desde la cosmovisión centroeuropea judeo-cristiana como culpable/pecado y es esta cosmovisión la que al vencer militarmente a los pueblos originarios controla y hegemoniza los procesos históricos. La mujer fue resimbolizada en el concepto del marianismo que reduce a la mujer a ser solo madre, quitándole su cuerpo y el potencial que este encierra.

Aún persisten en nuestro continente machis, meicas, yerbateras, poseedoras de conocimientos que relacionan energías humanas con energías naturales y cósmicas. En estos 500 años de conquista la racionalidad occidental ha deslegitimado y reprimido estos conocimientos, pero no los ha eliminado.

En el patriarcado es imposible un mestizaje válido, un mestizaje que valide la diversidad de las culturas en interacción, porque al impregnar la relación de dominio desencadena resistencias, deslegitimaciones y resentimientos. En este mestizaje latinoamericano no resuelto el padre es el extraño, el invasor y el ausente, pero es él quien detenta el poder.

Nosotras, las mujeres latinoamericanas, somos producto de esta cultura mestiza no resuelta. Desde allí es desde donde hablo. Independiente del mestizaje consanguíneo, somos producto de esta cultura. Me temo que en Latinoamérica las clases dominantes blanqueadas no se leen dentro de este contexto, más bien se leen en el contexto de la cultura europea. Basta observar cómo históricamente han arrinconado y exterminado a los pueblos originarios, basta observar el arribismo con que reciben y adoptan las ideas y los productos del hemisferio norte. Tenemos que indagar para ver cómo estos procesos de mestizaje pueden resolverse y no quedarnos solo en la resistencia.

Sabemos que las culturas originarias también estaban impregnadas de relaciones de dominio que queremos desconstruir. Pero es importante recuperar, con otra mirada, esa dimensión de nuestra historia que soberbiamente se ha calificado de primitiva desde un concepto de evolución y de progreso centroeuropeo.

LA ÉTICA Y LA MORAL VIGENTE

Debo reconocer que la palabra moral siempre me ha sonado como un concepto represivo. Nunca he asociado la moral a la buena vida y a la felicidad. En cuanto a la palabra inmoral me parece más relacionada al mundo de lo público (corrupción, violación de los derechos humanos, extrema riqueza). Para referirme a alguien que respeto nunca digo “es una persona moral”, más bien uso conceptos como íntegra, seria, rigurosa, sabia, coherente.

La distancia que me provoca la moral tiene que ver con el hecho de sentir que está “tomada por los otros”. Reconozco que me gusta mucho más la palabra “ética”, porque es una posibilidad de lo humano que me compete y la moral me parece que ha permanecido en lo divino. Es el grupo hegemónico masculino quien

ha elaborado e instalado esta cultura. Esta moral construye un sistema de descalificación, fundamentalmente en la descalificación de la mujer, la Eva, instalándola al servicio del otro. El dominio/ posesión es la estructura de la moral vigente (¿la inmoralidad?).

LO BUENO, LO MALO Y LA BUENA VIDA

En los talleres que hago con grupos de mujeres he trabajado ejercicios sobre lo bueno y lo malo. En uno de estos se plantea el juego entre una niña mala y una niña buena y puedo afirmar que en el rol de niña mala las mujeres están mucho más expresadas, creativas y libres; más conectadas con lo que sienten; incluso con sus malos sentimientos. Como buenas son obedientes, miedosas, esconden lo que sienten.

Obviamente como buenas no lo pasan bien y como malas se acercan mucho más a la libertad: trepan árboles, desobedecen, siguen impulsos, miran el mundo. Después de la experiencia un porcentaje altísimo de mujeres reconoce que como malas lo han pasado bien, mucho más bien que como obedientes y, finalmente, reflexionan que lo que viven como bueno muchas veces es malo para ellas y lo que tienen sancionado como malo a veces es lo bueno de la vida.

Es uno de mis ejercicios preferidos porque sin necesidad de ningún discurso logramos cuestionar el orden moral vigente y a los que manejan este orden: la familia, la iglesia, la sociedad, amigos y conocidos.

LOS VALORES INAMOVIBLES

Estamos en una cultura fetichista en la que el poder arma su sistema de valores de lo que es el bien y el mal desde lo divino, desde lo sobrenatural, afirmado en designios mágicos y míticos.

Este sistema valórico se apoya en normas y castigos refrendados por la palabra escrita, sagrada por definición: la *Biblia*, el *Corán*, las *Tablas*, etcétera. Por lo tanto, si aceptamos la religión como fundamento la moral es inmodificable desde lo humano, salvo que inventemos otra religión que la modifique.

Pero esta moral teológica no se limita a interpretar el mundo desde las religiones, también impregna gran parte de la filosofía. Cito:

Por toda la evolución de la filosofía corre la mentira del ‘Orden Moral’. ¿Qué significa el Orden Moral? Significa que hay de una vez por todas la voluntad de Dios respecto de lo que el hombre debe hacer y no hacer; que el grado de obediencia a la voluntad de Dios determina el valor de los individuos y de los pueblos; que en los destinos de los individuos y de los pueblos manda la voluntad de Dios castigando y premiando según el grado de obediencia...

Esta es una cita de Nietzsche¹ quien, a pesar de una lúcida crítica hacia la moral cristiana, no logra desprenderse de ella y al igual que otros filósofos sostiene el concepto de hombre superior, mostrando desprecio hacia las mujeres y otros hombres, lo que finalmente lo hace más de lo mismo.

La moral impregna también a grupos que no aceptan las religiones y la espiritualidad, que se sitúan fuera de ellas y que, sin embargo, tienen tan introyectada la moral religiosa que aceptan su sistema valórico, asumiéndolo como “naturaleza”, como orden “natural”, con lo cual también se hace prácticamente irrecrable, inamovible.

Poco importa que nos declaremos fuera del orden simbólico/valórico del sistema si estamos colonizadas en él y si sus dinámicas van impregnando todo nuestro quehacer y nuestros modos de vida, ya que inconscientemente aceptamos como natural este orden. Las experiencias socialistas en lo esencial no tocaron el orden simbólico-valórico.

La moral vigente es un producto nuestro, de nuestras culturas. Solamente si entendemos que esta moral está construida y desarrollada desde lo humano, que no es de Dios ni de la naturaleza como un concepto esencialista del ser humano, podremos modificarla.

La interpretación del origen del mundo está íntimamente relacionada con las religiones y con la moral. Si una quiere, esta interpretación también es modificable, pero finalmente, si el origen del mundo es una explosión o si vino un señor (o una señora) y lo hizo,

¹ Friedrich Nietzsche, *El anticristo*, Madrid, EDAF. S.A., 1985, p. 49.

da lo mismo. Lo que no da lo mismo es que por esa interpretación nos obliguen a vivir de determinada manera.

Entonces, el gran problema es cómo tenemos introyectada una moral a la que le asignamos el poder de lo divino y de la condición humana como naturaleza y que nos marca en nuestras relaciones con nosotros mismos, con nuestro cuerpo, entre los humanos y con el mundo que nos rodea.

Afortunadamente la fuerza de la vida va traspasando esa moral y, finalmente, todas y todos somos un poco “inmorales”.

UN NUEVO OJO PARA UNA NUEVA ÉTICA

Según Fernando Savater “La moral es un conjunto de comportamientos y normas que tú, yo y algunos de quienes nos rodean solemos aceptar como válidos; ética es la reflexión sobre porqué los consideramos válidos y la comparación con otras morales que tienen personas diferentes. Pero en fin, aquí seguiré usando una y otra palabra indistintamente, siempre como el *arte de vivir*. Que me perdone la academia”².

Si queremos hablar de una nueva ética es importante entender dónde, cuándo y cómo se construye la dinámica del dominio que impregna el *arte de vivir* de la sociedad patriarcal.

Se adquiere calidad en las relaciones cuando se va despejando el dominio. Lo primero es darse cuenta, pero también hay que entender que en nuestra cultura todo está impregnado de situaciones de dominio, de odio/amor, que no hay espacios neutros. Es necesario contextualizar el dominio social y culturalmente. Es como instalar un nuevo ojo, una nueva mirada a todo lo que te rodea. El pararse desde esta óptica es un acto muy rebelde porque implica estar en disposición de no dejar ningún espacio sin ese ojo, sin esa mirada: la familia, el gurú, la religión, el cuerpo, la sexualidad y el amor, entre otros. No hay espacio sagrado ni divino para esa mirada. Hay que ser muy rebelde.

El feminismo, al reivindicar el derecho al goce, al placer, al reivindicar el derecho de la mujer sobre su cuerpo, reivindica la

² Fernando Savater, *Ética para amador*, Barcelona, Ariel, 1991, p. 59.

libertad del ser humano y ataca la moral vigente, lo que implica que está proponiendo otra moral. El riesgo está en volver a inventar una Diosa, un ser superior sostenedor de otra moral o inventar una supuesta “naturaleza humana” superior a lo humano, lo que sería más de lo mismo porque conlleva la dinámica del dominio.

Si ponemos la moral fuera de la capacidad humana perdemos la posibilidad de ponernos de acuerdo en una ética que nos contenga a todos, en una ética cuya lógica sea de colaboración. Los cambios profundos que conlleva esta propuesta están señalizados por la autonomía y la libertad que deseamos tener, libertad que pasa por lo íntimo, lo privado y lo público.

En lo íntimo, tenemos que darnos cuenta de los sentimientos que tenemos y cuán impregnados de dominio pueden estar. Como señalé anteriormente, muchas veces ocultamos nuestros sentimientos y expresamos *lo que creemos que deberíamos sentir*, negándonos la posibilidad de analizarlos, construyendo la deshonestidad e impidiéndonos la toma de conciencia que realmente nos puede modificar.

Si negamos nuestro cuerpo como un lugar de libertad transitamos a relaciones (mundo privado) en la obligatoriedad del sentir (amor, amistad, etc.) y no logramos una interacción honesta con nosotros mismos, una interacción responsable y expresada con los demás. Desde la deshonestidad armamos personajes de nosotros mismos (en lo íntimo), personajes en los que quedamos atrapados, perdemos nuestra libertad y equivocamos a los demás.

En lo público obviamente construimos discursos que no coinciden con lo que sentimos, pensamos y queremos; armamos una sociedad fraccionada, en tensiones y en guerra. La honestidad con uno mismo es libertad y sin libertad no podemos cuestionar el sistema.

Hoy día, constantemente se está aludiendo a la necesidad de un cambio cultural como un deseo, pero no ponemos voluntad, energía ni creatividad en este cambio, porque estamos atrapados en el sistema y sin ninguna capacidad de desprendernos de él. Creo que algunas feministas, desde la rebeldía, estamos atreviéndonos a entrar en reflexiones que proponen una nueva moral (¿ética?). Quién sabe si esto es un paso para salirnos del mundo fetichista de una moral construida fuera de la responsabilidad de lo humano (a pesar de ser producto de la imaginación).

LOS AVANCES QUE HEMOS LOGRADO Y SU RECICLAJE

Creamos y producimos objetos, cosas, relaciones y estructuras que consideramos bellos debido a que expresan los valores del sistema y, sin embargo, son absolutamente feos e inaceptables por su contenido (uso aquí el concepto de fealdad como valoración desarmonica, agresiva y violenta). La relación entre lo ético y la estética es directa. No somos capaces de percibir la fealdad que nos rodea porque la valoración estética y ética se encuentran impresas en nuestro mundo inconsciente.

Como arquitecta, fue todo un acto de desprendimiento poder aceptar que las iglesias góticas para mí empezaban a ser feas. Cuando conecté el contenido de lo que representaban con mi propia historia ya no podía encontrarlas bellas. Relacioné que el sistema de valores que hicieron posible estas iglesias había significado la quema de brujas, la inquisición, mi exclusión como mujer de la historia, la construcción de un sistema de valores donde se me discriminaba y dominaba.

En el Museo del Prado hay un tríptico de Botticelli en el que violan y descuartizan a las mujeres. Ese cuadro está considerado una maravilla y está consagrado desde la cultura patriarcal. Ese cuadro legítima, desde la estética, un concepto moral que dice que a las mujeres se las puede descuartizar y violar. No es un cuadro como los de Goya que denuncia la violencia.

Las mujeres hemos estado estéticamente atrapadas en la moral. Nuestra gestualidad, movimientos y “facha” tienen que corresponder con el simbolismo de la feminidad, que además está marcada por la edad (en la mujer el paso del tiempo está más significado que en el hombre) y situación social.

Las señales que tiene que emitir una mujer están en el límite sutil entre lo que debe ser y parecer: ser atractiva como objeto (puta) y reproductora como sujeto (madre, santa, recatada). Es en este límite sutil donde actúan los conceptos de feos y bellas, buenas y malas, donde el cuerpo de la mujer siempre está en las ambigüedades del rol simbólico femenino.

A pesar de todo hemos avanzado en una propuesta corporal. El que hoy día usemos pantalones significa que se rompió un límite entre lo estético y lo ético –en el sentido que sea feo o bonito una

mujer en pantalones—. Hace 100 años una mujer en pantalones era antiestética, además de inmoral.

El triunfo del taco bajo sobre el taco alto es otro triunfo del cuerpo como razón, más allá del concepto estético y moral imperante. El taco bajo es una de las luchas más duras que hemos dado por nuestro cuerpo, ya que constantemente el sistema patriarcal vuelve a exigirle a la mujer que se suba sobre tacos: con los uniformes en las grandes tiendas, en los bancos, el *new look* de la ejecutiva moderna, etcétera.

Una de las grandes descalificaciones por las que ha pasado el movimiento de liberación de las mujeres en todas sus épocas es la de que somos feas, mal vestidas o poco femeninas. Los movimientos de liberación de la mujer siempre han insistido en romper el mito de la belleza. Creo que uno de los logros del feminismo ha sido romper con esta relación moral/feminidad/estética y establecer un juego lúdico con el cuerpo, aunque no niego que cada cierto tiempo tengamos procesos de regresión.

El patriarcado ha ido acomodando a los “nuevos tiempos” y a sus propias necesidades la propuesta estética³. Desde sus conceptos de inmortalidad, de eterna juventud y belleza ha desarrollado una ciencia y una técnica para modificar el cuerpo y detener el paso del tiempo. Actualmente, las industrias de la cosmética y la cirugía plástica facturan más que la industria automotriz. Muy distinto es mantenernos sanos, sexuados y vigentes en el tránsito de las edades y usar la cirugía como un medio reparador.

Hoy más que nunca el patriarcado es una macrocultura blanca hegemónica que impone su sistema ético, moral y estético: desde el desarrollo de la cirugía plástica está interviniendo en los razgos raciales de los pueblos, imponiendo un prototipo, un modelo, blanco, por supuesto.

³ “Las cualidades que en determinados períodos se señalan como bellas en las mujeres son simples símbolos de la conducta femenina que dicho período considera deseable...” Naomi Wolf, *El mito de la belleza*, Barcelona, Emecé, p. 17.

CAPÍTULO 5 EL PLANO INCLINADO

Las mujeres tenemos una relación de dependencia muy profunda con el sistema, estamos colonizadas en él. La situación de subordinación que vivimos en el patriarcado se manifiesta en una psicología de oprimidas que nos impide percibir nuestro grado de dependencia, pareciera que nos relacionamos con el mundo desde un *plano inclinado* donde nosotras estamos siempre en la parte inferior, mirando hacia arriba. Para hacernos visibles necesitamos crear espacios que nos permitan dialogar horizontalmente con el sistema.

Nos cuesta darnos cuenta que tenemos capacidad de cambio civilizatorio, capacidad que está latente en nuestras prácticas cotidianas y entre mujeres. Las mujeres –por responsabilidad con nuestra humanidad– tenemos que implementar *espacios autónomos* para encontrar la fuerza, el poder y la creatividad que, desde nosotras mismas, nos permitan construir una simbólica de nuestra corporalidad sexuada y cíclica.

La autonomía no es solo un problema externo, tiene también una dimensión personal interna muy importante. La autonomía no significa el aislamiento, sino que es estar relacionada reconociendo capacidades propias y ajenas.

La vida es movimiento, interacción, no hay vida sin movimiento, sin interacción. Por lo tanto, la autonomía no pasa por el aislamiento, sino que es la interacción, pero con fuerza y poder interno generados en nuestros espacios personales, sociales y políticos. Solamente desde espacios de autonomía podemos acumular historia, reconocerla y construirla.

La autonomía, la creatividad y la independencia de un individuo son amenazantes para el sistema porque pueden cuestionarlo, pero también pueden ser amenazantes para el individuo porque contienen la posibilidad de un cierto rechazo que uno tiene que asumir. Muchas veces el miedo de no pertenecer nos paraliza.

Generalmente cuando una individuo/a se sale de cualquiera de los roles que la sociedad le asigna y, en especial, de los roles masculino o femenino, es sancionada y su autonomía, creatividad e independencia son reprimidas. Sin embargo, estas condiciones son aceptadas y admiradas cuando el sistema las puede instrumentalizar o cuando no interfieren la moral pública vigente.

LAS IDÉNTICAS

Como dice Celia Amorós las mujeres estamos en el mundo de las idénticas y los hombres en el mundo de los iguales¹.

Cuando nace un bebé varón es simbolizado en el espacio estanco de la masculinidad. Padre y madre, familia y sociedad le proponen desarrollarse al máximo en su capacidad de lo humano de crear sociedad y cultura. Se le ve completo, con todas sus capacidades humanas vigentes, actuantes.

Cuando nace una bebé mujer es simbolizada en el espacio estanco de la feminidad. Madre y padre, familia y sociedad le proponen una “misión” reproductiva y le limitan las otras potencialidades de lo humano. La propuesta no es su desarrollo de lo humano.

La propuesta para las mujeres en esta cultura es humanizarnos mediante la maternidad. Sin embargo, en el patriarcado la

¹ “El poder tiene que ser repartido, ha de constituir un pacto, un sistema de relaciones de poder, una red de distribución. Donde quiera que haya poder tiene que haber un sistema de pactos, un sistema de difusión dinámica de ese poder. En principio podríamos tenerlo todo todos, pero como dice Hobbes en el mito de Leviatán, sería la guerra de todos contra todos, por lo tanto se produce una apropiación de espacios de poder; esos espacios acotados definen y son definidos por individualidades y, por lo tanto, en el espacio público se produce el principio de individuación como categoría ontológica y como categoría política”. Celia Amorós, *Mujer: participación, cultura política y Estado*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1990.

decisión de la función reproductiva escapa a la voluntad de la humana, esta voluntad está en manos de Dios, de las normas que se da la sociedad, o simplemente de la naturaleza.

Si las mujeres estamos valorizadas fundamentalmente por nuestra capacidad reproductiva y la capacidad reproductiva no depende de nuestra voluntad, entonces las mujeres quedamos desposeídas de nuestra única condición humana reconocida como valor por la cultura patriarcal, que sería ser madre.

Desvalorizadas en nuestras capacidades humanas de producción de símbolos y valores (incluso respecto de nosotras mismas) y desposeídas de nuestra capacidad de decisión en relación con nuestro cuerpo, las mujeres no podemos individualizarnos, no podemos rescatar nuestra capacidad creativa que nos hace seres únicos e irrepetibles, no podemos ubicarnos en capacidades que nos diferencian de cada uno de los otros seres humanos... entonces entramos al mundo donde todas somos idénticas, donde no podemos tener y expresar diferencias.

El espacio simbólico (femenino, estanco) en que estamos atrapadas no nos permite realizar la individuación. Este espacio estanco de la feminidad equivale mucho más a un concepto de casta que de clase o raza. La casta es esencialista, una nace y muere en ella, desde la clase se puede transitar, desde la raza se produce y se ha producido el mestizaje.

En las dinámicas de los grupos de mujeres se hace patente que nos relacionamos como idénticas y no como iguales. Nos cuesta reconocer la capacidad creativa de algunas mujeres y estamos constantemente borrando o descalificando lo que hacemos. No estoy hablando de los grupos políticos de mujeres en particular, sino que de cualquier tipo de grupo, sean estos familiares, sociales, de beneficencia... o políticos.

INDIVIDUACIÓN

La autonomía, la creatividad y la independencia cimentan, completan y realizan al ser humano como individuo. La individuación contiene la interrelación legítima y respetuosa de lo íntimo, lo privado y lo público. La individuación no es un

derecho asignado por otros, es un derecho consigo mismo y una responsabilidad en la interacción.

La individuación consiste, entonces, en adquirir todas las capacidades de lo humano y además expresarlas. Es la individuación la que nos hace únicos, irrepetibles y completos en nosotros mismos. Es la individuación la que nos da la potencialidad de la libertad.

Considero que lo planteado por Celia Amorós en el sentido que la individuación no se obtiene en el espacio de lo privado "...por ser esta lo característico de los espacios públicos..." es una apreciación parcial porque es en lo íntimo donde fundamentalmente adquirimos la convicción de nuestro valor. Aceptar que podemos individualizarnos solo en la interacción con el poder establecido, sería aceptar que alguien por ley de la naturaleza es dueño del poder y que con él tenemos que hacer pactos para poder individualizarnos y así ser objetos de contrato. También sería aceptar que el ser humano por naturaleza se relaciona a través de la lógica y la dinámica del dominio y que eso es inalterable.

La individuación es la capacidad expresada de una persona de construir símbolos y valores, de diseñar su vida, de establecer modos de relaciones, es la dimensión expresada única e irrepetible de cada ser humano, es una dimensión sagrada del individuo que tiene un espacio de interacción legítimo con todas las energías del universo y esto tiene que ver con el goce y el placer de la vida. La individuación es lo que nos hace completos en nosotros mismos y está íntimamente relacionada con la autonomía, la independencia y la creatividad. Comenzamos a ser libres cuando estamos individualizados y nos expresamos desde ahí.

¿INDIVIDUACIÓN O INDIVIDUALISMO?

No es lo mismo la individuación que el individualismo. El individualismo se ancla en el ego y se permea de sentimientos de superioridad atribuyéndose derechos sobre los otros. El individualismo está cargado de sanciones que ensombrecen la dimensión sagrada de la individuación, que yo diría que es uno de los derechos humanos fundamentales.

El límite entre individualismo e individuación es otra de las sutilezas del patriarcado que nos confunden y que son tan útiles a la permanencia del sistema. Estamos llenos de estos límites sutiles que hacen que transitar por la vida sea como caminar por una cuerda floja. Por miedo a ser catalogados de individualistas renunciamos a nuestros deseos más íntimos, renunciamos a estar expresadas. De esta manera rompemos nuestra armonía interna sumergiéndonos en la cultura del dolor, del sufrimiento, del sacrificio y constatamos que transitar por la vida es muy difícil.

En el respeto de esta dimensión de lo íntimo está el respeto a nuestro cuerpo y a todas las energías que él contiene. Solamente siendo un individuo en armonía con estas diferentes dimensiones: íntima, privada y pública, logramos conectarnos con nuestra fuerza y poder interno, sin la necesidad de ejercerlos sobre otros individuos.

¿QUÉ ES UNA MUJER REBELDE?

¿Qué es una mujer rebelde? Una mujer que dice no. Pero negar no es renunciar: es también una mujer que dice sí desde su primer movimiento. Una esclava, que ha recibido órdenes durante toda su vida, juzga de pronto inaceptable una nueva orden. ¿Cuál es el contenido de ese “no”?...

La rebelión va acompañada de la idea de tener una misma, de alguna manera y en alguna parte, razón...

Hay en toda rebelión una adhesión entera e instantánea de la mujer a una parte de sí misma...²

La/el rebelde se asume en la capacidad humana de cambiarlo todo, pero de verdad todo. Sin embargo, para cambiarlo todo se

² Albert Camus, *El hombre rebelde*, Madrid, Alianza Editorial, 1982, p. 21. En el texto original dice hombre, que yo he reemplazado por mujer por necesidad de incorporar la universalidad que está implícita en el pensamiento del autor.

necesita autonomía. La autonomía pasa por la libertad del sentir y del pensar, pasa por nuestro cuerpo en su capacidad de desmontar la dependencia en cualquiera de las energías que él contiene: la sexualidad, los sentimientos, el pensamiento.

No hay posibilidad para la autonomía si legitimamos que alguien ejerza derechos sobre nuestra sexualidad, nuestros afectos o nuestra mente.

No hay posibilidad para la autonomía y la libertad si sentimos nuestra sumisión justificada.

Al conectarnos con nuestras energías no condicionadas, con esa parte que aún no está culturizada ni apegada a lo bueno y lo malo que nos han enseñado, comenzamos a buscarnos, a preguntarnos, comenzamos a rebelarnos. La necesidad de individuación está relacionada con la rebeldía.

Podríamos interpretar la rebeldía de las mujeres como una búsqueda de lo humano, de la individuación, más que como una búsqueda de igualdad de derechos o de igualdad con un sentido de homologación a los varones. No estamos luchando por entrar a los ejércitos, o para tener el derecho a decidir cuando la guerra está justificada, no estamos luchando para entrar a una cultura basada en la dinámica del dominio. Estamos luchando para cambiar el sistema civilizatorio cultural.

REBELDÍA, RESENTIMIENTO

Resentimiento y rebeldía son dos dimensiones de la toma de conciencia y pueden llevarnos por el lado de la resistencia, de la rabia y del resentimiento o por el lado de la rebeldía. Hay que tener mucho cuidado de no confundir la resistencia y la rebeldía con el resentimiento.

El resentimiento tiene algo de arribista, quiere ser lo otro, de cualquier forma, por lo que una persona resentida no se desprende de la situación de dominio, no adquiere la libertad. En el resentimiento oponemos a la fuerza del dominio una fuerza semejante, entonces entramos en guerra, entramos a la dinámica del dominio, o sea, estamos legitimando el sistema. El resentido está integrado al sistema.

La rebeldía es libre; se conecta con lo no condicionado. La rebeldía tiene toda la potencialidad de lo humano de crear, de imaginar, de proyectar. Es una energía infinita y transformadora. La rebeldía es el comienzo de la libertad.

Los resentimientos –todos los tenemos– en el fondo quieren ser lo que el otro es; el resentimiento es tremendamente arribista, la rebeldía es la libertad. Si se le tiene miedo ella se transforma en una energía arribista que necesita ubicarse donde están los otros, los que tienen el poder, entonces perdemos la autonomía y la creatividad. Esto es muy difícil de aceptar, sobre todo cuando se está en la resistencia con una misma y en los deseos de ser lo otro.

Conectadas con la rebeldía podemos llevar a cabo la aventura de la responsabilidad de crear cultura y sociedad, podemos hacernos cargo de todas nuestras energías sin entregárselas a nadie.

SIEMPRE EL PLANO INCLINADO

Nuestra historia feminista está traspasada por “matrimonios” (a las mujeres nos gusta casarnos, para eso nos formaron) con diferentes discursos, que el patriarcado en su propia crisis va adoptando (y desechando) y que nos hacen perder nuestras propias pistas o mapas de navegación transformadora.

En estos matrimonios podemos adherir a los discursos vigentes: ayer el marxismo, hoy el posmodernismo o el discurso socialdemócrata; o podemos entrar en la dinámica de una supuesta negociación que no es otra cosa que el pragmatismo encubierto de asumir nuestra impotencia y hacer lo posible dentro del sistema, entonces se dice que estamos negociando.

En uno u otro caso estamos en la lógica del sistema. En una cultura donde el mandato es dominar, la negociación y la tolerancia están determinadas por las necesidades de los grupos que sustentan el poder. Al “negociar” en condiciones de desigualdad una se somete a las condiciones que impone quien tiene el poder, ya que solo negocian aquellos que se reconocen, en un momento dado, con cierta equivalencia de poderes y necesidades.

La negociación es una suspensión momentánea del dominio, porque los poderes negociadores buscan cómo avanzar en los

resquicios para aumentar y recomponer su poder. De esta manera, la negociación no es ponerse de acuerdo en un proyecto de sociedad en que quepamos todos, ya que negociación y tolerancia tienen connotaciones de poder: quien tolera concede un espacio de permiso dentro de su sistema... que luego te puede quitar. Esta lección subyace en las memorias que construyen la historia.

CAPÍTULO 6

ENTRECRUCES DE NUESTROS DESEOS

Cuando nacemos, nacemos con múltiples potencialidades. Luego, al asignarnos roles y funciones, estas potencialidades se estructuran rígidamente perdiendo sus dinámicas fluidas y abiertas. Nos transformamos en seres humanos encapsulados, creadores de culturas rígidas, insensibilizándonos a comprensiones más “humanas”, complejas e integradoras, no solo entre nosotras(os), sino con las otras especies, con todo nuestro entorno. Esta manera de “culturizarnos” nos aleja de la sabiduría de entender el proceso de la vida.

Creer encasillados simbólicamente en funciones, roles y valores introyectados en nuestro inconsciente nos lleva a los entrecruces de nuestros deseos que nos dificultan entrar en la buena vida, en poder diseñarla de tal manera de estar conscientes de nuestros deseos y hacernos responsables de ellos. Los entre/cruces de deseos nos pueden dar las pistas de nuestro malestar.

Como vimos anteriormente, los símbolos y valores que se le asignan a lo femenino y a lo masculino cambian y se modifican en el tiempo, en la historia y en las diferentes culturas, pero siempre están polarizados en esos dos conceptos cerrados. El sistema macrocultural reconstruye constantemente estas significaciones en todos sus espacios: religioso, político, cultural, educativo y científico, entre otros, siempre en el concepto bipolar estanco de lo masculino y lo femenino. Los espacios estancos están siempre jerarquizados: en este caso lo masculino como legítimo dominador de lo femenino.

Si aceptamos que cada ser humano tiene una parte femenina y otra masculina, estamos aceptando y reciclando la existencia

de estos espacios estancos. Unir dos conceptos culturales que en sí mismos conllevan uno la negación del otro, uno el dominio del otro, es entrar en contradicción, fricción y conflicto.

Las personas somos un conjunto armónico e interconectado: miramos, oímos, sentimos, nos movemos para mirar. Nuestro cerebro, nuestra capacidad de pensar y de sentir están en nuestro cuerpo, son parte de él. Si estamos fraccionados en espacios estancos –cuerpo/mente/alma– perdemos a este sistema informante que es nuestro cuerpo, perdemos la pista, nos desorientamos. Entender nuestros cuerpos sexuados y nuestras diferencias debería llevarnos a entendernos y aceptarnos como sistemas informantes con *lógicas diferentes*. Un cuerpo varón tiene una experiencia diferente de la vida que un cuerpo de mujer.

La experiencia de vida de la mujer es nacer, tener la potencialidad y la memoria de la maternidad (sea ejercida o no) y morir. Tenemos la vivencia cotidiana de la menstruación que marca nuestras vidas con ciclos mensuales, con procesos hormonales, con períodos de sensibilidades diferenciadas; con la vivencia concreta de soltar el óvulo, sangrar e iniciar nuevamente el proceso. Nuestro cuerpo está constantemente en procesos cíclicos de cambios y desprendimientos. Esta vivencia real nos tendría que llevar a construir una cultura con una lógica y una razón cíclica y abierta, que no debería contraponerse a la ciclicidad de la naturaleza y de la vida.

La experiencia de vida del varón está mucho más marcada por el nacer y el morir. Signado por la polaridad del nacer y del morir su lógica es lineal y proyectiva. Alejado de la ciclicidad de la vida y su sabiduría, el varón ha construido desde su “razón” una cultura basada en el dominio sobre el complejo sistema de la ciclicidad. Esta es en parte una de las razones por la cual el acceso al poder no rompe la incomodidad que sentimos las mujeres dentro de esta cultura.

Al legitimar la experiencia corporal del varón la cultura patriarcal crea la idea de un Dios-Hombre único, sobre todas las cosas: lo masculino es lo creador y lo femenino es la naturaleza a dominar. De esta manera se consagra una cultura esencialista y fundamentalista. El mandato divino de poblar la Tierra y dominar la Naturaleza nos hace perder una interrelación informante y nos aleja de la colaboración necesaria para nuestra sobrevivencia.

Pero además de establecer la jerarquía y el dominio de unos sobre otros, el mandato es que debemos amarnos: amar a quien nos domina y amar a quien dominamos. Vivimos en constantes desafíos de amar. El amor es una de las exigencias que nos hacemos para sobrepasar nuestras miserias, aludimos a él como el sentimiento más válido y necesario para poder relacionarnos entre nosotros, con nosotros y con la naturaleza.

LA REPRODUCCIÓN COMO IDEOLOGÍA

El supuesto “instinto” de preservación de la especie humana rompe el equilibrio necesario para la preservación de la vida en el planeta. Lo que ha pasado es que este instinto lo hemos ideologizado y hemos perdido una sabiduría que teníamos y deberíamos recuperar —especialmente la especie humana— por el hecho de tener la capacidad de la reflexión. La reproducción, desde esta perspectiva, es un hecho de lo humano, de su responsabilidad o irresponsabilidad. La libertad de reproducirnos debería estar en relación con nuestro entorno y su capacidad de contenernos. Tener hijos también puede ser un gesto de dominio, de codicia y de acumulación.

El amor se ha simbolizado fundamentalmente en la reproducción y en la relación madre-hijo. El amor de madre es el bueno, debe ser incondicional, de por vida. Sacrificar la vida por los hijos es lo que hoy día se valora como principal, único y fundamental rol de un ser humano: la mujer.

La maternidad es un proceso que se inicia con una simbiosis que tiene una experiencia corporal de *desprendimiento*: el parto. El parto es la propuesta física del inicio de resolución de la simbiosis. El ser humano debe separarse completamente para poder llegar a ser un adulto autónomo e independiente. Sin embargo, la maternidad en la lógica lineal es sacralizada y simbolizada en un proceso “amoroso” sin término, un para siempre. Vivida de esta manera la maternidad niega la experiencia del desprendimiento y la ciclicidad del amor y todas sus modificaciones, incluido el desamor.

Nos aferramos a un concepto de maternidad sacralizada, eterna, única e inmodificable porque ella está simbolizada en lo que

nos han enseñado a pensar (sentir) que es el amor: para siempre, parejito, incondicional, más allá de cualquier proceso, inmutable, esencial interdependiente y simbiótico. Por lo tanto –como queremos mantenernos en el amor–, no podemos resolver la simbiosis, no podemos alcanzar la adultez y armamos un sistema de dependencias y de propiedad de vidas... con amor.

Así, lo que entendemos como amor nos deja atrapados en la dependencia y no nos es posible la libertad. Lo que hoy pensamos (sentimos) como “amor” está profundamente ligado al concepto de propiedad de vidas; “me perteneces, los hijos pertenecen a los padres, la madre pertenece a los hijos”.

En esta forma de vivir la maternidad se pierde parte de la aventura que la relación madre/hija/o puede contener. La maternidad se convierte en una pesada e inacabada relación que permea al amor de demandas imposibles de *simbiosis irrepetibles en la adultez*.

Sin recoger la experiencia del desprendimiento, la familia queda marcada por la incondicionalidad del amor. Pero además la familia patriarcal solamente se constituye sobre la base de la consanguinidad, son los lazos sanguíneos y consanguíneos los únicos que constituyen el espacio de la familia. Estos lazos están marcados por la obligatoriedad del querer –quererse entre hermanos, padres, primos, etc.–, como un mandato. La libertad de lo humano queda subsumida por el *deber ser, el deber querer, el deber sentir amor*. Nuestra capacidad de sentir, de razonar, de construir relaciones como un acto de libertad de lo humano queda atrapada en la obligatoriedad del amor. Es aquí donde comienzan los secretos de familia y la deshonestidad de lo humano: no nos atrevemos a decir, contar, abrir ni expresar nuestros verdaderos sentimientos y vivencias si ellos no cumplen con este *deber querer, este deber amar*¹.

¹ Cuando dos hermanos se pelean, cosa absolutamente corriente y cotidiana, sienten rechazo, antipatía, rabia. Si la madre o el padre les dicen que no deben pelear porque son hermanos y deben amarse –negándoles la posibilidad de otros sentimientos–, los niños esconden (y lo peor es que lo esconden para sí mismos) sus verdaderos sentimientos y sobrepone un “deber sentir” amor, pero siguen con la rabia. Lo más que se puede hacer en un momento así es pedir a los niños que reconozcan y asuman lo que sienten (odio, rabia, desamor), pero que por un acto de su capacidad humana no agredan al otro.

Todos los otros amores son réplicas menores del amor maternal y quedan signados por demandas de sacrificios de los participantes: el máximo de amor es dar la vida y contiene la demanda de la no existencia, del sacrificio. Este sacrificio de vida conduce —por el deseo de vida, de la buena vida— a la contrapartida de la resistencia y del rechazo, a la dinámica odio/amor, pues internamente sabemos que la vida no se la debemos a nadie.

AMOR Y SEXUALIDAD

Amor y sexualidad tienen mucho más sentido de vida que el de reproducirse. Sin embargo, el amor y la sexualidad están consagrados exclusivamente en la pareja reproductiva, con lo que algunos amores quedan legitimados y deslegitimados otros, basta ver el desprecio social hacia aquellos que no tienen hijos. Para quienes no quieran o no puedan reproducirse es muy difícil no caer en el juego de la pareja reproductiva, por lo que generalmente entran en el modelo, algunos transgreden su integridad física y su dignidad en experimentos para reproducirse.

La idea de que las relaciones de amor y la sexualidad entre los seres humanos tienen sentido solo dentro del marco de la reproducción nos limita, transformándonos en seres humanos culposos y en carencia. Vivir el amor desde la ruptura de lo masculino y lo femenino, y desde la ruptura de la pareja basada exclusivamente en la reproducción, implica integrarse y recuperarse como ser humano completo y en sí mismo. Un ser humano así, recupera fuerzas y capacidades internas que potencian la autonomía, la independencia, la creatividad y, sobre todo, la legitimidad de la libertad.

En la construcción de los espacios estancos de lo masculino/femenino existe un mandato sobre nuestros cuerpos y su capacidad de erotizarse. Este mandato inhibe la capacidad de encuentro con un otro —sea este mujer o varón—, sumerge a los seres humanos en el miedo y la culpa, disminuye sus fuerzas y capacidades. Cuando transgredimos el mandato de amarnos “como Dios manda” entramos en conflictos con nosotros mismos, rechazamos nuestro cuerpo y nuestros pensamientos, la libertad aún es una utopía.

El amor homo/lésbico sexual debería ser uno de los espacios privilegiados para poder desconstruir la dinámica patriarcal del

odio/amor, porque la construcción de parejas no está signada por la reproducción, ni por los lazos sagrados con que ella se constituye en el patriarcado. Poder amarnos y erotizarnos con los seres humanos es abrir nuestros cuerpos con todas las potencialidades del sentir.

AMAR EN LIBERTAD

Amar es un sentimiento, lo más que podemos hacer con este sentimiento es reconocerlo y expresarlo, haciéndonos responsable de él y de sus ciclos. Si lo cargamos de proyecciones de futuro (te querré para siempre) estamos transformando lo que es un proceso fluido en estático. Así, repetimos lo aprendido en las relaciones parentales (la incondicionalidad y obligatoriedad del amor) y construimos la deshonestidad como sistema. El apego, que no nos deja ver los cambios cíclicos del amor, nos sumerge en la tragedia de la pérdida del amor o en la acomodación del no amor.

Nos parece “natural” sentir un amor impregnado del deseo de poseer a un otro o la entrega total a un otro. En esta dinámica —que no es natural— nos desresponsabilizamos de lo que sentimos, entregamos el poder de lo que sentimos a un otro; es él quien posee ese sentimiento, por lo tanto, no nos hacemos cargo de lo que sentimos, entonces nos apegamos a esa otra/o para no perder el sentimiento. Si él es el dueño de mi amor, ¿cómo lo voy a soltar?

Este amor impregnado de propiedad/entrega (soy tuya, eres mío) involucra al otro e implica la obligatoriedad de la respuesta. En este sentido, quien se siente amado adquiere poder sobre otra vida, le guste o no. Todo ego humano tiene una satisfacción profunda al sentirse deseado y querido. Es una situación de poder y quien lo tiene siente satisfacción y rechazo al mismo tiempo, pero tiende a mantenerlo, las más de las veces dando señales muy ambiguas sobre sus respuestas.

Creamos personajes fantasiosos sobre nosotros mismos y sobre quienes amamos. El temor a ser descubiertos nos transforma en guardianes de estos personajes. La comedia de equivocaciones que armamos no nos permite comunicarnos honestamente. Esta forma de entrar en relaciones que, por decir lo menos, son precarias, contrariamente a lo esperado nos aísla en soledades. El amor, así

vivido, niega nuestros cuerpos como informantes del sentir, fracciona nuestras energías y nos debilita, nos quita fuerza y poder creativo, nos sumerge en el odio/amor con nosotros y con los otros.

Estar en la vida es estar en relación con otros seres humanos, con la naturaleza y sobre todo con nosotros mismos. Si a todas nuestras relaciones las impregnamos de estas dinámicas creamos el terreno a la falsedad y a la deshonestidad.

Construir una sociedad basada en la honestidad es totalmente distinto a construir una sociedad basada en el *deber querer*. La honestidad es expresar lo que sentimos y es una opción. La honestidad produce confianza, sin embargo, no siempre obtiene amor en respuesta, pero es esencial para el amor y para la construcción de relaciones en una sociedad cuya base sea la libertad y el respeto. La honestidad, a la que aludo, conlleva obviamente la deconstrucción del sistema patriarcal, pues dentro de él podemos sentir “honestamente” la necesidad de propiedad sobre la vida de otros.

EL AMOR HOMO/LÉSBICO

La lésbico-homosexualidad vivida por una persona, cuya mente y cuerpo están impregnados (colonizados) de ideología patriarcal esencialista, no es una experiencia liberadora en sí misma, ya que reproduce el orden simbólico/valórico, reproduce la propiedad sobre las personas y reproduce el sistema amor/odio patriarcal.

Gran parte de los colectivos lésbico-homosexuales viven los estereotipos de la masculinidad y de la feminidad en la dinámica de dominio de lo masculino sobre lo femenino.

En el colectivo lésbico existe la posibilidad de amarse y erotizarse entre mujeres, por lo que también existe la potencialidad de reconciliarse con el hecho de haber nacido mujer (amar a una mujer y amarse a sí misma), su contrapartida es que, al repetir la simbología amorosa patriarcal, nuevamente se sobrevalora lo masculino incorporándolo al modo de establecer las relaciones amorosas.

Me atrevería a decir que casi todas las mujeres de alguna manera y en algún momento hemos tenido deseos de haber nacido varón, no por el hecho de tener un falo, como dice Freud, sino para gozar

la libertad y el poder que tiene la masculinidad. Esta necesidad de ejercicio de poder masculino muchas veces aparece en los grupos lésbicos.

El colectivo homosexual varón por su parte, exagera la construcción patriarcal de la masculinidad en sus expresiones más fálicas; al amar y erotizarse con un hombre lo hacen con un *igual*, de poder a poder. Sin embargo, también ellos incorporan la simbología amorosa patriarcal (los roles femenino/masculino), cuando aluden a la mujer, aluden al estereotipo de lo femenino que históricamente lleva implícito la ridiculización y la humillación de la mujer.

Actualmente el movimiento lésbico-homosexual está en la lucha por la igualdad, sobre todo por el derecho a casarse y constituir familia, a incorporar la pareja lésbica u homosexual dentro de los parámetros de la pareja reproductiva construyendo simbólicamente la “familia feliz”. Esto los puede llevar a entrar en una dinámica de fantasía de la realidad que puede llegar a ser más opresiva que el modelo patriarcal heterosexual.

El patriarcado es un sistema que en su esencia y visión reproductiva no puede aceptar la homosexualidad asumida libremente, por lo tanto, la margina, la estigmatiza... o la recicla dentro de su sistema de familia. Sin embargo, el lesbianismo está mucho más sancionado, invisibilizado y perseguido que la homosexualidad de los varones, porque no es una actividad del grupo hegemónico varón y escapa al dominio ejercido sobre la “naturaleza a dominar”.

El discurso de la sexualidad lésbico-homosexual puede tener la potencialidad política de la deconstrucción del patriarcado siempre que no se sumerja en el orden simbólico que le está siendo propuesto.

EL FLUIR DE LA VIDA

El amor también está marcado por la edad y las generaciones. Cada edad está señalizada y limitada en relación con la sexualidad, el amor y el poder. Las edades son espacios estancos y están en fricción (cortes/conflictos) entre ellas, aunque no haya mucha conciencia y reflexión al respecto. Las resistencias que oponemos al tránsito de la edad se deben en parte a los límites de lo permitido y lo no

permitido para cada etapa. Nuestro presente está perturbado por las fantasías del futuro que nos espera en cada espacio estanco.

En mi experiencia en talleres de desarrollo personal he comprobado que después de trabajar las edades las personas descubren que la edad que más les gusta, que más les acomoda, es la edad que tienen, o sea, el presente. Esto no deja de asombrarlas, aceptar la edad significa reconciliarse con el cuerpo, con la vida como proceso fluido, significa desmontar fantasmas y proyecciones patéticas asignadas a cada edad.

En la sociedad se sobrevalora la juventud y se desprecia la vejez. La juventud aparece como *el momento* privilegiado de la vida: “el futuro les pertenece”, “tienen todas las posibilidades abiertas para cambiar el mundo”. Creo que esto es *una gran mentira*: la persona joven desde que nace ha sido atrapada en un sistema cultural que se recicla constantemente. La juventud que pareciera más abierta al amor, a la sexualidad y a los cambios está predeterminada por la búsqueda de la pareja reproductiva y la familia como objetivo. Las señales de libertad quedan subsumidas en la angustia de demostrar su legitimidad permanentemente. La juventud no es la etapa feliz de nuestras vidas.

La generación adulta productiva es la que detenta el poder; domesticada ya, es la gran sostenedora del patriarcado, lo resimboliza, lo remoja y lo recicla cada vez. Los jóvenes de ayer son los adultos de hoy que viven en añoranzas fantasiosas de su juventud perdida.

Las posibilidades que tenemos en esta sociedad están marcadas por el tránsito de las edades, esto es aún más brutal para las mujeres. Vivimos atrapadas en una carrera contra la edad, porque el concepto de belleza está relacionado especialmente con el cuerpo joven. Una mujer, para estar vigente, para ser deseada, amada, incluso para poder sobrevivir con cierta dignidad, debe mantenerse joven y bella. Es por esto que son tan exitosas la industria cosmética y la cirugía plástica, que pretenden borrar las huellas que deja el tránsito de la vida.

Con la lógica y la razón reproductiva patriarcal quedamos prácticamente excluidas –no sin resistencias– del amor sexual por 20 o 30 años (algunas se las arreglan con grandes costos). Esto es una discriminación cultural muy silenciada y violenta. Nuestro orgullo es cómplice del silencio.

Si bien la menopausia señala el fin de nuestra capacidad reproductiva (es parte de nuestros procesos cíclicos) no es el fin de la sexualidad, ni de la sensualidad y menos aún el término de nuestra capacidad amorosa. El amor no tiene edad, señala un sabio dicho popular: nuestra energía, nuestra capacidad de amor y de sexualidad traspasan nuestra existencia.

Entonces, transitar a la vejez es un conflicto porque es transitar al olvido más profundo de nuestro cuerpo y sus energías amorosas. La cultura patriarcal es una cultura del desecho, la vejez que ella construye es la vejez del miedo, del abandono, del apego, de la carencia. Una vejez así es muy poco atractiva y produce rechazo.

Podremos construir una cultura con más sabiduría cuando logremos la colaboración, la interconexión y la comunicación de saberes entre las edades. Es la fluidez de la vida, y la acumulación de saberes, la que nos lleva a una vejez sabia y atractiva, pero esta vejez solo será posible sin los *cortes/conflictos* generacionales.

En los pueblos originarios se escucha y se respeta la vejez, porque se reconoce la sabiduría que da la experiencia y el paso del tiempo.

Si lográramos retirarnos un momento y ver cómo se nos propone vivir la vida y el amor: quebradas entre lo masculino y lo femenino; en la obligatoriedad del amor; en las resistencias al paso del tiempo; impedidos de amarnos y respetarnos entre generaciones, veríamos que estamos en una cultura que en su lógica y su razón entiende poco lo que es vivir y menos aún lo que es amar.

CAPÍTULO 7 FEMINISMOS

PASOS CRÍTICOS

Las mujeres hemos estado al servicio de este sistema sociocultural, lo hemos reproducido. Para transformarlo es necesario un proceso de cambio personal, un proceso de toma de conciencia individual y colectivo.

Tomar conciencia de nuestra opresión es un proceso difícil: hacemos un descubrimiento, lo relacionamos, lo llevamos a nuestras conciencias y descubrimos nuestra opresión.

Este primer paso de reconocernos explotadas, oprimidas, enajenadas, nos lleva a reclamar el acceso a la igualdad, el acceso al sistema... al poco andar comenzamos a sentirnos incómodas, nos damos cuenta que el sistema nos es ajeno y que nuestro acceso no lo cambia.

Este “darse cuenta” nos lleva a seguir indagando, nos lleva a profundizar sobre nuestras relaciones con la totalidad de la vida, más allá de la relación hombre-mujer, de la relación de género. Como en todo proceso, hay instantes que son de reflexión interna necesaria al proceso y que parecen detenciones. Sin embargo, existen detenciones que son de verdad, que son un acomodarse nuevamente y de las cuales es difícil salir, porque se han conseguido licencias para hacer cosas que antes eran inconcebibles.

Pero el feminismo no puede detenerse, pues detenerse significa quedarse en el sistema en una actitud de reclamo, victimización y en la incapacidad de romper para transitar a espacios de creatividad.

En los procesos de formación-capacitación en que estamos trabajando como feministas percibimos claramente que llegamos

a esos momentos críticos en que el proceso se detiene o avanza, como dice un amigo, a lo que en el bolero se llama alma.

Como parte de este proceso que iniciamos, al darnos cuenta, detectamos estancamientos, límites y retrocesos. Investigar por qué suceden y en qué momento del proceso no incorporamos ciertas reflexiones o no percibimos ciertas informaciones, es lo que llamo *pasos críticos*. Son momentos, instantes de apertura, donde debemos estar atentas y lograr la interacción, el fluir de la información. No hacerlo significa, por lo menos, un retroceso en la urgencia del cambio y un perder la posibilidad de la profundización.

Otro paso crítico está en el momento en que situamos el poder. El poder patriarcal lo reconocemos en el Estado, en la iglesia, en el partido, en el ejército, en la academia, en el lenguaje, en el hombre. Debemos indagar otras miradas con respecto al poder, otras maneras de concebirlo y descubrirlo, esta manera constituye el “poder hacer”, como dice Julieta Kirkwood, y yo agregaría el poder pensar y sentir.

¿Qué significa esto? Poder hacer es un acto de libertad que en lo más profundo significa no entregar a otros, a alguien fuera de nosotras el poder de explicarnos el “misterio de la vida. Esta explicación fuera de nosotras nos convierte en esclavas y estanca el proceso.

En el proceso de toma de conciencia que iniciamos las mujeres en busca del “poder hacer, poder pensar y poder sentir” hay *pasos críticos* más o menos visibles. Uno de los más visibles es el que se produce cuando enfrentamos el miedo: miedo a que no nos quieran, miedo al rechazo, miedo a no ser atractivas, miedo a no ser inteligentes, a no responder a lo que se espera de nosotras. Hay miedos de verdad y que sirven, que son alertas a reales peligros, pero hay miedos que son paralizadores de nuestras vidas. Son miedos inventados por la cultura, fantasiosos, son construcciones que no nos dejan ver nuestras capacidades, nuestra fuerza interna, nuestro poder.

Descubrir nuestra fuerza interna es desprendernos de modelos inalcanzables, contruidos desde la ideología dominante, desde la moral vigente. El desprendimiento es un paso crítico y debemos buscar la forma de incorporarlo a nuestras vidas, porque desprenderse significa no quedar apegada a ideas, a prejuicios, ni a personas y, por último, significa asumir nuestras vidas con la propuesta que

ella contiene que es vivirnos la vida bien, amar nuestra vida como una aventura encantadora (estar en el canto de la vida).

EL MUNDO EN QUE ESTAMOS VIVIENDO

Hoy día estamos viendo que al intervenir lo cíclico del universo lo que conseguimos no es mayor seguridad, sino que conseguimos la inseguridad de la sobrevivencia de la especie y del planeta... y mucho sufrimiento. Los momentos más agudos y críticos del sistema son las guerras, las dictaduras y hoy las catástrofes “naturales” que ya no son tan naturales, sino el resultado del dominio ejercido. Es en estos agudos del sistema donde hemos tomado conciencia de los derechos humanos, y ahora de los derechos de la naturaleza.

Los hombres, como legítimos dominadores, han sustentado el poder y desde ahí perpetúan el sistema patriarcal en una cadena de privilegios e injusticias que también los atrapa a ellos. Los hombres tienen el desafío de trabajar sus privilegios, dejando que los deseos de cambio fluyan y hagan posible las transformaciones urgentes y profundas que necesitamos todos. Pero como es difícil trabajarse los privilegios, todos lo sabemos, para mantenerlos el grupo hegemónico varón usa el poder que tiene en el supuesto de preservar los valores de la humanidad, que finalmente son los valores del sistema.

En contraposición a este mundo pragmático en que estamos estacionados en esta época, hay una creciente preocupación por hablar y replantear las utopías. Estos juegos de imaginación de proyectar una sociedad diferente, nacen de la constatación cotidiana de la irracionalidad del sistema y su incapacidad de plantear alternativas de cambio del patriarcado. El supuesto conformismo y resignación que se nos atribuye respecto de lo que estamos viviendo es una construcción ideológica, cuyo objetivo es impedir que nos veamos con capacidad de cambio y así mantener el control.

Nuestras rebeldías expresan los deseos de cambio y las potencialidades que tenemos de crear, de colaborar y de conectarnos con energías positivas.

Estas rebeldías y deseos de cambio han estado presentes a través de la historia de la humanidad. Las ideas de libertad, igualdad y fraternidad, por ejemplo, han sido producto de la creatividad

humana. Estas y otras propuestas han quedado como utopías sin concretar, sin embargo, han aportado cambios significativos al instalar en el imaginario ideas realizables.

La resistencia y la rebeldía de las mujeres no son un producto de la “modernidad”, son deseos de cambio que se han expresado en diferentes períodos históricos. Las mujeres no nacemos naturalmente inferiores, hemos resistido y los avances logrados dan cuenta de estas resistencias. Sin embargo, permeadas y colonizadas en la feminidad, nuestra resistencia la mayoría de las veces pierde su proyección filosófica y política transformadora. Los conocimientos aportados por las mujeres no están libres de ser atrapados por la lógica del dominio.

Nosotras, las feministas, sabemos que cada vez que logramos acceder a lo público esto produce resistencias, presiones y sobre todo intentos de reciclarnos en el sistema, desgraciadamente esto lo han logrado muchas veces. Es importante estar atentas para que nuestras propuestas no sean asimiladas, para que no pierdan su objetivo profundamente transformador y para que nuestra participación no sea usada una vez más en recrear el sistema simbólico/valórico vigente.

LA UTOPIA FEMINISTA

Esta crisis es la crisis de la razón y la lógica del colectivo hegemónico masculino. Las mujeres no hemos sido constructoras de esta crisis, no nos pertenece. Los intentos de aportes de las mujeres a la construcción de cultura han sido sistemáticamente sancionados e invisibilizados. Asumirla y entenderla como nuestra es no ver dónde hemos estado en la historia y es negar nuestras propias biografías. Esta no es nuestra cultura, aunque estemos colonizadas en ella y algunas hayan accedido al poder y otras gocen de ciertos privilegios femeninos. Hemos sido reproductoras sí, pero no productoras de cultura (basta ver las bibliotecas y museos). Por lo tanto, nosotras, feministas autónomas, tenemos el derecho de soñar y fantasear otra cultura y la obligación de estar expresadas.

No somos las únicas, hay otros actores sociales que están percibiendo que lo que tenemos que hacer es desmontar la dinámica

del dominio, que sin esto las ideas son asimilables al sistema y lo reciclan. Quienes no sean capaces de descubrir en sus propuestas la dinámica del dominio son funcionales al sistema y en su accionar lo reciclan permanentemente, aunque tengan las mejores intenciones.

El feminismo no es un movimiento social reivindicativo de los derechos de las mujeres, es un cuerpo de conocimientos y saberes que hemos generado y que hoy día constituye una propuesta filosófica, ética y política muy importante para los desafíos que tenemos como humanidad. Este cuerpo de conocimientos y saberes, que es el feminismo, lo hemos ido construyendo conectándonos con la biografía de las mujeres y con nuestras propias biografías, así hemos ido entendiendo el patriarcado como un sistema civilizatorio-cultural y entendiéndonos a nosotras mismas como sujetas políticas.

Desde el feminismo autónomo hay una propuesta que está fantaseando un futuro, arraigada en experiencias vitales reales del ser humana. En nuestras difíciles rupturas con los modelos femeninos, hemos ido haciendo procesos de individuación para pararnos desde la otra esquina. Nuestro deseo no es acceder a la cultura vigente asumiendo sus dinámicas de dominio. Nuestro deseo es producir un cambio civilizatorio, donde sea la colaboración la dinámica que prevalezca en nuestras formas de relacionarnos (otra ética).

Los conocimientos del feminismo han sido construidos al margen de la institucionalidad (academia, iglesia, partidos políticos, Estado). Estos conocimientos han sido posibles por la rebeldía de cientos y miles de mujeres en todo el mundo, que se han atrevido a abrir espacios alternativos de conocimiento en los que han cuestionado sus vidas íntimas, su sexualidad; en los que se han atrevido a romper sus silencios, a pensar y a organizarse. Son mujeres que se han atrevido a bajarse de los tacos altos, que han descubierto que los tacos altos no son inocentes, pues pararse, caminar y correr sobre la tierra es difícil, sobre tacos es inseguro y casi imposible.

Este cuerpo de conocimientos ha permitido al pensamiento contemporáneo complejizar sus aproximaciones a la realidad. Sin embargo, la lectura que se hace del feminismo está marcada por la asimilación de las mujeres al sistema, porque dentro del movimiento feminista, al igual que en otras organizaciones sociales, se ha ido constituyendo una clase política que, insertada en el sistema,

reivindica y negocia derechos y acceso de las mujeres al sistema y sus poderes.

Esta clase política, al igual que la clase política de los varones, se asigna el poder de negociar con el patriarcado para lo cual invisibiliza las propuestas más transformadoras.

Hoy día, nuevamente algunas mujeres estamos elaborando propuestas y construyendo utopías. Esto constituye uno de los fenómenos políticos más importantes de nuestros tiempos e implica romper varias barreras en nosotras mismas, pues el peso de la historia y de lo femenino como complemento de lo masculino nos inclina a seguir, muchas veces sin darnos cuenta, en esta complementariedad a las ideas producidas por otros.

La autonomía e independencia que debemos tener para atrevernos a cuestionar esta cultura pasa por la recuperación de nuestra corporalidad y de nuestra mente: con un cuerpo al servicio de otros no podemos tener autonomía e independencia; con una mente como complemento de otros no podemos ser productoras de cultura y, por lo tanto, de sociedad. Recuperar nuestra corporalidad, con todas sus capacidades, es recuperar nuestra capacidad humana creativa, es acercarnos a la libertad.

La urgencia de revisar con desparpajo lo que hemos construido, de atrevernos a discutir la cultura vigente, sus grandes pensadores y sus instituciones, es la gran aventura de nuestros tiempos, y las mujeres en esto tenemos una ventaja: la ventaja de haber sido excluidas.

CAPÍTULO 8

LA REGALONA DEL PATRIARCADO

LA MÁS APLICADA, LA PRIMERA DEL CURSO

Los hombres, como colectivo masculino, están significados por el poder: pueden concederlo, darlo, quitarlo. Está establecido y legitimado que cualquiera de ellos tiene o puede tener acceso al poder, puede recibirlo por gracia divina o luchar por él, su lucha estará legitimada. Un hombre que luche por el poder no será descalificado en su condición masculina porque el colectivo varón ha construido un sistema social, político y cultural donde su corporalidad está simbolizada por el poder de crear... el mundo.

Es cierto que en el colectivo varón unos tienen más posibilidades que otros, sin embargo, hay una legitimidad de la lucha por el poder que está determinada por la condición sexual. Incluso en el grupo social más segregado y “deslegitimado” el poder sigue siendo ejercido por el varón. La experiencia micro del varón es la del poder sobre una mujer o sobre varias mujeres, aun en el interior de la deslegitimación social.

Como he dicho anteriormente, esta cultura está estructurada en la *dinámica del dominio* y construye los *cortes/conflictos* por raza, edad, clase, sexo, por conocimientos y capacidades, y también los *cortes/conflictos* entre nuestro cuerpo y nuestra razón y espíritu. Gracias a estos *cortes/conflictos* funciona el sistema.

La *dinámica del dominio* es el ejercicio de la guerra e implica al vencedor y al vencido y, en ese sentido, hay razas vencidas, clases vencidas, pueblos vencidos, religiones vencidas. Pero las “derrotas”

nunca son definitivas, siempre queda el volver a rearmarse para ganar la próxima batalla, porque la potencialidad del poder existe. La única excepción a esta norma es el *corte/conflicto* entre los sexos, ya que la mujer, al estar significada en la feminidad, no tiene la potencialidad del poder.

El colectivo varón se ha entrenado durante toda la historia del patriarcado en la lucha por el poder, constituyendo equipos para dominar y controlar. En los equipos tienen que reconocerse, tienen que reconocer sus condiciones físicas, creativas y sus condiciones de mando, su raza; tienen que establecer jerarquías y clases –de general a soldado–, ellos establecen límites muy claros para pertenecer a los equipos. Han inventado los uniformes militares, religiosos, deportivos, los distintivos partidarios, los himnos, las camisetas, señalizando corporalmente la pertenencia. Así construyen el legítimo campo de batalla, así lo pasan bien y pueden jugar sus juegos de guerra.

Esta señalización de camiseta y color, entre otras, establece la legitimidad del otro equipo: quien respeta su camiseta respeta también la camiseta del otro, aunque estén en guerra (es el honor). Han tratado de “humanizar” la guerra, pero nunca de desmontarla.

Los varones se socializan para actuar, sus memorias están armadas para este juego, constituir equipo entre ellos es lo “natural. Cuando los varones se juntan, rápido, rápido, constituyen equipo para crear religiones, universidades, ejércitos, naciones, ciencia y filosofía, letras, museos, leyes, bancos, industrias, sistemas económicos, legales, etcétera.

¿Es malo formar equipos? No, lo malo es formar equipos para la dominación, para estructurar un sistema de poder inalterable en la lógica de la guerra.

La necesidad de significar tan brutalmente los equipos con señales corporales busca satisfacer las demandas de pertenencia. Construidos en carencias, con una lectura de sí mismos siempre por completarse en otros y con otros, los seres humanos necesitan encontrar esta “pertenencia”. Los equipos así constituidos tienen los signos de la familia como matriz (incluso en la búsqueda de la consanguinidad: ritos de sangre, etc.) y el amor incondicional como forma de relacionarse.

En la cultura vigente –permeada de dominio– las identidades no solo se construyen en la diferenciación con otros, sino en contraposición a otros, basándose para ello en nuestras carencias

y prejuicios. Este doble mensaje que nos identifica con un grupo humano en la descalificación hacia otro grupo humano y nos aísla impidiendo la colaboración.

Las experiencias de lo humano están marcadas por la necesidad de la interacción entre los humanos y con la naturaleza, como sabemos esta interacción está totalmente perturbada y pervertida. Para mejorar nuestras vidas, para tener una buena vida, no solo en lo material sino fundamentalmente en la libertad personal, será necesario que estas interacciones estén marcadas y significadas por el sentirse cada uno completo y en sí mismo. Si cada persona se sabe única e irrepetible, no pretenderá ser como otra, ni que otra sea como ella, esto implica un cambio ético y la formación de “equipos” se hará para la colaboración y no para el dominio. El concepto de enemigos hacia otros pervierte la idea del equipo.

¿QUÉ HACEMOS LAS MUJERES EN ESTE ESCENARIO?

En estos juegos de guerra nos vemos involucradas y sacamos la peor parte. Cada mujer, en algún momento de su vida, siente una rebeldía por su situación. Las que nos decimos feministas queremos cambiar el sistema, pero después de todos estos años me pregunto de qué nos queremos desprender de verdad.

Es difícil renunciar a que el hombre nos admire, sobre todo como seres inteligentes. Estamos tan colonizadas que no queremos renunciar a sentirnos la elegida entre todas, no queremos renunciar a ser las *regalonas de papá*. A veces tratamos de conseguir su reconocimiento usando la seducción y la incondicionalidad, en plena conciencia de la ilegitimidad del poder del colectivo varón, en eso por lo menos hemos avanzado las feministas, en la conciencia.

Las mujeres que —en plena conciencia de la ilegitimidad del poder del colectivo varón— aceptan ser las “elegidas” con la premisa “ellos lo tienen, ellos lo dan”, necesariamente tienen que legitimar el poder del varón y la cultura vigente como una cultura construida entre todos y que, supuestamente, nos contiene a todos, lo que es una de las más grandes mentiras con la que estamos casadas las mujeres.

Pero quien da el poder fija las reglas. Las mujeres que quieren poder deberán permanecer en el orden simbólico de la feminidad,

aunque a veces papá acepta ciertas modificaciones por necesidades de su propio sistema, pero papá nunca aceptará cambios significativos para nosotras... y para él. Por ejemplo, el acceso de las mujeres al trabajo remunerado es una necesidad del sistema, el control de la población también es una necesidad del sistema. Esto no significa que las mujeres no tengamos estos problemas o necesidades, pero desde una perspectiva política y cultural significativamente diferente.

En el patriarcado la mujer puede tener rebeldías, pero está limitada a no sobrepasar un límite: la obediencia debida. Sin contar con la simpatía de papá el poder se retira. La mayoría de las veces papá asume la inteligencia de la hija como un fenómeno y la considera una gracia que tiene *su hija*, ella en particular, pero en ningún caso el colectivo de mujeres. Este don de ser reconocida como pensante nos enorgullece de tal manera que nos impulsa a ser la primera del curso, la aplicada, la más adscrita a papá, renegando del cuerpo mujer, de su colectivo y de sus deseos de significarse por sí mismo.

Es muy importante diferenciar claramente lo que significa tener un cuerpo mujer del ser femenina. El ser femenina es una ambigua y arbitraria construcción simbólica/valórica patriarcal que, obviamente, no hemos construido nosotras. Entonces hablar de lo femenino es hablar de una ajena, una otra construida por un otro, una representadora y no genuina productora de sí misma.

La supuesta lealtad de género está conectada a lo femenino, al género, que en sí mismo no tiene la capacidad de la lealtad puesto que está construido en la descalificación de la mujer como ser libre. Justamente por la fragilidad del inicio de reconstruir una simbólica con este cuerpo, tan significado por otros, es que es importante despejar estas supuestas lealtades. Para la deconstrucción de la feminidad hay que sospechar de todo. Para abrir espacio a un cuerpo con sexo mujer, sujeto pensante, social y político, productor de (una otra) cultura, será necesario entonces mujeres que estén dispuestas a desprenderse de la feminidad.

Algunas mujeres –al descubrir su capacidad de pensar– corren donde los legítimos pensadores, los varones, para que las reconozcan como pensantes, porque como amantes, como madres no lo necesitan, está reconocido: está en el sentido común que las mujeres somos naturaleza, que nuestra misión es una misión del corazón, no de la razón; un corazón que late sin la voluntad de lo humano,

excedido, salido del cuerpo. Somos la sensibilidad. También está en el sentido común que el varón tiene corazón, pero con cabeza; sentimientos con cabeza; tiene cuerpo y sexualidad con cabeza, aunque a veces para lograr lo que quiere dice que perdió la cabeza. Porque la tiene se la puede sacar, pero un corazón sin cabeza nunca se la puede sacar.

La regalona de papá solidariza con las mujeres solo en tanto las mujeres se mantienen dentro del orden simbólico de la feminidad. Si ella solidariza más allá, pierde el reconocimiento de papá. Este es un momento crítico, aquí hay un límite. Es el momento en que la traición es posible. A esta situación están expuestas especialmente algunas mujeres que han hecho un camino en el feminismo y que, sin embargo, sin la cobertura de las opiniones masculinas temen exponerse.

Como papá no reconoce al colectivo mujer en su capacidad pensante, sino que a *su hija*, esta adquiere un liderazgo no compartido. Al asignarse hacer política para las mujeres a través del poder que les dio papá algunas mujeres adquieren poder sobre el colectivo de mujeres, pero no hacen política de mujeres y desde las mujeres.

La regalona de papá quiere *armonizar* la feminidad dentro del sistema, hacer que el sistema, tan varonil, adquiera algo de feminidad. Al instalar mujeres dentro del sistema piensa que este se está humanizando y en esto está su propia contradicción, pues cada vez siente más el límite impuesto y constantemente se siente pasada a llevar por los varones. La regalona no se desprende de la relación masculina/femenina de por sí perturbada y violenta.

El síndrome de la hija preferida es uno de los puntos más difíciles de trabajar en y entre nosotras. En el amar y el sentir volvemos a ser las idénticas, a ser del colectivo corazón/madre/buena, está legitimado y es muy gratificante. Entonces no es raro que en la política, en el pensar, en el tener ideas, entremos al espacio de búsqueda de la legitimidad del varón, perdiendo así toda la potencialidad de una interlocución horizontal válida y transformadora entre nosotras y con el sistema.

La mujer reconocida y refrendada por el poder del padre cree que puede cambiar desde adentro el sistema y sus instituciones. Esta mujer asume la cultura vigente, sus proyectos políticos y los análisis que hace el patriarcado sobre sí mismo y sobre ella, perdiendo

autonomía para desarrollar su propia visión crítica de la realidad.

Por otra parte las regalonas de papá que no vienen del feminismo esperan que papá reconozca las denuncias de las mujeres para ellas validarlas. Sin marcar las diferencias de proyectos sociales, económicos y políticos las regalonas feministas, generalmente, se alían con estas políticas en una supuesta lealtad de género en su demanda de “derechos” y “acceso” al poder.

Para las regalonas feministas es mucho más importante ser admitidas por el colectivo varón que reconocidas por las mujeres. Es como con la amiga íntima con quien tenemos largas pláticas sobre nuestras vidas amorosas. A ella le contamos lo bueno y lo malo, más lo malo, de nuestra vida afectiva, con ella descargamos nuestros dolores y decepciones, nuestra amiga es nuestro espejo, el muro de los lamentos. Pero nuestra amiga es como nosotras, entonces no le asignamos legitimidad a sus consejos, no tiene poder. Sin embargo, esta amistad nos es fundamental, pues nos recompone para volver a soportar situaciones que no queremos o no podemos modificar.

¿CÓMO ESTABLECEMOS COMPLICIDADES A PESAR DE TODOS ESTOS PROBLEMAS?

Para las mujeres que quieren desprenderse de la feminidad y toda su ambigüedad, establecer complicidades para lograr los cambios que necesitamos será muy difícil, puesto que papá interviene permanentemente eligiendo y legitimando a sus regalonas.

Por otra parte, nuestra experiencia de mujeres está marcada por la traición de la madre. Cuando la madre asume el orden simbólico de la feminidad lo que nos propone no es desarrollarnos en toda nuestra potencialidad de lo humano, al contrario, su propuesta contiene la limitación, por lo tanto, es una experiencia con otra mujer (a quien amamos) que nos traiciona en nuestras capacidades. Mientras no asumamos y resolvamos esta traición, tan primaria a nuestra potencialidad de lo humano en manos de otra mujer, las confianzas que podamos construir entre nosotras estarán permeadas por esta deslealtad.

Si abandonamos “nuestra femenina”, la construida por otros, la traidora, y permitimos que nuestro ecosistema-cuerpo-cíclico

sea un informante serio y honesto, podremos entender nuestras incomodidades en esta cultura y podremos realmente reconciliarnos con el haber nacido mujeres, con el *habernos parido unas a otras con memorias y relaciones de maltrato de abuelas a madres, de madres a hijas*. Es en el colectivo, y en el entendimiento, donde podemos romper esta larga cadena misógena y empezar a construir complicidades de mujeres.

Para establecer complicidades (equipo) tenemos que aceptarnos como seres completas y en sí mismas, válidas, con la capacidad de estar expresadas en nuestras fantasías de futuro y con proyectos políticos concretos, atreviéndonos a entrar en discusión con nuestras ideas más allá de nuestras biografías sufrientes (cosa que por historia no hemos hecho). Tenemos que asumir la responsabilidad de crear cultura, símbolos y valores, de crear sistemas con otros objetivos y con otra lógica que la que tienen los equipos de varones.

Si alguna mujer quiere permanecer en la feminidad, remozándola, obviamente no tiene nada que hacer con las que queremos desconstruir este modelo, pese a compartir un cuerpo mujer y una biografía de discriminación y explotación que de alguna manera nos iguala. La feminidad tiene su propia ética: la patriarcal. Con ellas tenemos diferencias casi insalvables de las que se derivan prácticas y estrategias divergentes que es necesario despejar, ya que el acceso al poder en el patriarcado implica *acomodar* esta feminidad, no romperla ni desecharla, ni construir otro orden de significación.

El ser productoras de ideas obviamente provoca discusiones y controversias que muchas veces nos desmovilizan por temor a las separaciones, sin embargo, sin controversia y sin separaciones es imposible que podamos resimbolizarnos.

Para hacer este proceso el feminismo tiene una historia y una propuesta que es el trabajo en grupos de desarrollo personal y colectivo. Tenemos que recomponer este espacio, no olvidarnos tan fácilmente de nuestros propios métodos donde hemos aprendido a reconocernos entre nosotras, a ensayar otras formas de relacionarnos. Es entre nosotras donde podremos darnos cuenta cuando estamos repitiendo el simbólico femenino y cuando estamos en la construcción de otra simbólica. Allí podremos constituirnos en nuestros propios objetivos, desprendiéndonos de la mirada y la lectura del colectivo varón. Pero también tenemos que tomar en consideración nuestra experiencia, que nos señala que las complicidades se van construyendo

y los grupos subsisten solamente cuando tienen un objetivo político, un sentido de futuro y un profundo respeto por nuestra historia de mujeres, más allá de los sufrimientos.

El sistema apela a las mujeres en su capacidad de organización y como colectivo cuando entra en crisis. Sin embargo, apenas comienza a recomponerse, papá selecciona a sus regalonas cooptando los liderazgos. El colectivo de mujeres, nuevamente, con la anuencia de las regalonas de papá queda invisibilizado en su capacidad de organización y propuesta. La táctica del grupo hegemónico masculino, para neutralizar cualquier proyecto político y cultural que ponga en peligro la dinámica del dominio, consiste en asumir el discurso, cooptar líderes e invisibilizar el colectivo y su lógica transformadora.

LA INOCENCIA DEL PRINCIPIO

Cada mujer, cada grupo que toma conciencia de la opresión de género, tiene dos descubrimientos (revelaciones!): su propia mujer y las otras mujeres. Estos descubrimientos producen un enamoramiento consigo misma y con las demás y, como en todo enamoramiento, se impregna del romántico/amoroso.

Después de esta primera ola maravillosa de “quererse a sí misma” y como proyección “querer a todas las mujeres”; después de esta sobreidealización “las mujeres somos buenas, valemos, somos capaces, yo soy mujer, soy válida y capaz”; después de este descubrir pertenencias “las otras pueden amarme, yo las amo a todas”; después de esta revelación viene con el tiempo, como en todo amor, la realidad concreta: “no soy tan buena, tan válida, no lo soy tanto, pero fundamentalmente “las otras no lo son”; vienen las decepciones cada vez más críticas y el desconcierto ¿por qué las otras no me apoyan?

Entonces aparece la demanda: “debemos amarnos, debemos tener solidaridad de género incondicional”, “el amor es incondicional”.

La decepción se conecta nuevamente con la descalificación hacia las mujeres.

“Las mujeres nos abandonan, las mujeres no somos solidarias”, etcétera.

Este es un punto de quiebre.

“Todo lo que yo estoy haciendo por las mujeres y ellas no me responden, no hay movimiento de mujeres, no hay movimiento feminista”.

Este romántico/amoroso, que pareciera inevitable, tenemos que trabajarlo para que podamos establecer complicidades no sujetas a la fragilidad del odio/amor. Este es uno de los pasos críticos del feminismo y está directamente conectado con la historia de las mujeres.

“Conmigo comienza, yo soy la descubridora”.

Cada grupo se siente *las descubridoras* y no alcanzan a leerse en las memorias de las mujeres. Las descubridoras *quieren ser las descubridoras* y les cuesta aceptar que otra mujer tenga ya un camino hecho y no quiera empezar siempre de nuevo.

Cuando leemos nuestra historia de manera romántica/heroica, con la misma óptica de los historiadores patriarcales, invisibilizamos a las mujeres que, con gran inteligencia y responsabilidad, irreverencia e insolencia, se atrevieron a pensar y a elaborar utopías, a organizarse y luchar por ellas. Me temo que hemos reducido a estas mujeres a seguidoras de derechos.

Hemos ido avanzando en esto de soltar al patriarcado, develando cada vez más a nuestro “femenino” y acercándonos cada vez más a entendernos “mujeres”.

El movimiento feminista está significado por tiempos y espacios propios, con historias de rebeldías, pero también con nuestras historias de ideas, nuestras alianzas y separaciones y traiciones, con nombres y apellidos.

También hemos ido avanzando en definir nuestro lugar en el movimiento feminista...

El movimiento feminista autónomo es nuestro lugar y debería ser el lugar donde aprendemos a reconocernos creadoras y responsables, donde aprendemos a discutir entre nosotras, a separarnos por ideas y a construir complicidades de grupo. En ningún caso el movimiento feminista autónomo puede ser un lugar donde se desperfilen las diferentes propuestas “por el bien común”. Es desde el movimiento feminista autónomo desde donde podremos ser reconocidas por otras mujeres en nuestra dimensión humana, desde donde podremos constituir diferentes equipos, ahora sin la dinámica del dominio.



CAPÍTULO 9 INTRODUCCIÓN A UN DEBATE URGENTE

Tenemos diferentes feminismos. Esta afirmación hoy tan compartida por todas nosotras y que da cuenta de una realidad, contiene un desafío y una responsabilidad: explicitar cuáles son estas diferencias. Es ineludible estar expresadas para poder seguir sintiéndonos cómodas dentro del movimiento feminista y para hacer política hacia el conjunto de la sociedad. Esto contiene la necesidad de construir corrientes claras que agrupen a quienes se identifican y comparten posiciones filosóficas y políticas, con nombres y apellidos.

De hecho, percibimos nuestras coincidencias, pero ellas quedan atrapadas en generalidades que nos confunden. Todas estamos de acuerdo en que queremos una sociedad sin discriminación, pero desde este horizonte se desprenden diferencias básicas y fundamentales, que no están expresadas.

Compartimos que el feminismo tiene distintas vertientes que reconocemos como provenientes de los *cortes/conflictos* con que se construye el sistema cultural patriarcal: mujeres pobres, campesinas, pobladoras; mujeres profesionales, trabajadoras, dueñas de casa; mujeres negras, blancas, indias; mujeres del primer mundo, latinoamericanas, africanas, asiáticas; mujeres jóvenes, adultas y viejas; mujeres heterosexuales, lesbianas, bisexuales. Pero además mujeres adscritas a proyectos políticos (militantes o no): socialistas, comunistas, neoliberales, socialdemócratas y mujeres adscritas a ideologías religiosas: católicas, musulmanas y cristianas, entre otras.

Este vasto mundo de mujeres y de vivencias múltiples es el que nos ha permitido tener una visión global del patriarcado,

enriqueciendo nuestra mirada crítica de un sistema que niega las diferencias y los aportes, no solo de las mujeres sino también de algunos hombres.

Quedarnos en los *cortes/conflictos* del patriarcado, estructurando las demandas sectorialmente, es perder la capacidad de propuesta de cambio. Es el desafío de construir corrientes que no estén significadas por la clase, la raza, la edad, las religiones y las naciones, como *corte/conflicto*, sino como expresión de diversidad, ya que enriquecen desde sus experiencias nuestras propuestas. Es importante que lo que nos convoque sea nuestra propuesta civilizatoria, más que nuestras historias y biografías insertas en el patriarcado.

Durante décadas hemos trabajado apelando a nuestras condiciones de vida en búsqueda de justicia para nuestro género: descubriendo nuestra sexualidad, nuestra pobreza, la violencia sobre nosotras, las discriminaciones que hemos sufrido. Hemos elaborado críticas al sistema y categorías de análisis. Ha sido y es aún un trabajo que nos convoca en nuestra condición de mujeres.

Desde esta manera, el sentido de nuestra política ha estado más intencionado en visibilizar y traducir en demandas nuestra condición. Sin este andar, hoy sería imposible entrar en los desafíos que tenemos como feministas que es sentirnos con la capacidad y la legitimidad de ser constructoras de símbolos, valores, lenguaje, paradigmas, utopías, en fin, de una cultura marcada por relaciones de colaboración y no de dominio.

No cabe duda que el mundo está viviendo una crisis. Los ecologistas no son terroristas, los pobres tampoco. El planeta lo hemos convertido en finito (puede ser infinito si respetamos sus tiempos, su ciclicidad). Los humanos, responsables de esta cultura depredadora, tampoco hemos logrado vivir en paz, en armonía y en justicia, seguimos presenciando enormes y brutales transgresiones a los derechos humanos: genocidios, hambrunas, violencia.

En los países paradigmáticos de esta cultura –que tan fácilmente, desde nuestras mentes colonizadas usamos como modelos– es donde se originan y perpetúan las xenofobias, y donde las democracias occidentales con sus sistemas de poder nos dan cuenta también de su capacidad de corrupción, donde el modelo económico es una propuesta de dominación de la naturaleza, de los hombres y de los continentes (territorios). El sistema político puede ser democrático o

socialista, el resultado es el mismo, pues está inserto en una *cultura del dominio*.

No quiero acceder al poder que esta cultura construye, que supuestamente nos otorga derechos, no quiero esa complicidad. No creo ni en su justicia ni en ninguno de sus paradigmas porque su dinámica de dominio me hace cómplice de su perpetuación. Esta cultura es una utopía negativa del ser humano, pues no apela a su libertad.

Podemos percibir diferencias que se están perfilando en el feminismo y que tienen relación con cómo leemos y percibimos la cultura patriarcal y los sistemas que la sostienen, qué expectativas tenemos respecto de esta cultura y su capacidad de modificarse y cómo actuamos políticamente en ella. De estas diferencias se están conformando corrientes con filosofías y estrategias distintas.

Hay quienes se sienten en parte productoras de esta cultura, y adhieren a los proyectos y sistemas que ella ha producido. Son las que buscan –consciente o inconscientemente– la igualdad y creen en la capacidad de que la misma cultura se “perfeccione”. Buscan su legitimación en el colectivo masculino hegemónico y en sus sistemas de poder.

Habemos quienes pensamos que esta cultura no es perfectible, que hay que deconstruirla, también estamos constatando día a día que somos muchas y muchos más, tanto dentro como fuera del feminismo, quienes estamos sintiendo una gran incomodidad e incredulidad ante los discursos actuales, sus propuestas de “cambio” y la falta de imaginación y creatividad que ellas contienen.

Lo que hemos perfilado en estas líneas nos da direcciones diferentes en lo que tenemos que hacer, cómo hacerlo y con quiénes queremos hacerlo.

Hay algo claro y es que estamos apelando al feminismo para hacer política desde este lugar teórico que da cuenta que existen estrategias entrelazadas con opciones filosóficas, políticas, geográficas y biográficas distintas.

El desafío de reconocerlas y explicitarlas es, a mi modo de ver, un problema ético. Así podremos construir prácticas que hoy día tanta falta hacen, despejando claramente los intereses que hay detrás de los discursos, asignando a las personas la libertad de ser responsables de sus propuestas.

Recuerdo el famoso feministómetro que con tanto calor fue siempre rechazado. Si hubiésemos asumido lo que nos estaba indicando, como una alerta de lo que había detrás –que eran diferencias que teníamos miedo de expresar (miedo de salirnos del colectivo de las idénticas)–, habríamos podido avanzar en la construcción de un movimiento feminista mucho más interactuante y potenciador de lo que nuestra historia da cuenta.

Hoy día, *la diferencia como discurso* puede ser otra manera de borrar lo que nos diferencia... De tan diferentes que somos cada una, volvemos a ser idénticas todas. Sin asumir la responsabilidad de elaborar y expresar las diferencias es imposible poder implementar coincidencias para agruparnos en corrientes.

En el hacer política feminista no podemos seguir apelando solo a nuestra condición de género para apoyarnos mutuamente. Con este discurso desde el género se está construyendo un proyecto político de sociedad que no todas compartimos y, lo que es peor, se silencian otras propuestas.

Desde las políticas de lo posible existe un recoger parte del discurso feminista y de las reivindicaciones del mundo de mujeres. Con ello la clase política feminista está haciendo política (por medio de reformas implementadas desde la institucionalidad). En este hacer política para las mujeres hay dos supuestos: que estamos avanzando en los cambios que queremos y que todas estamos siendo interpretadas en esa política.

¿Hemos hecho reales evaluaciones de estas estrategias y quehacer político?

Creo que las políticas que se están implementando están dando pie a los procesos de reciclaje que el sistema tiene, las reformas son más funcionales a un “modernismo”, a una limitocracia que a una democracia.

Y aquí viene una pregunta importante para las que sostenemos que el feminismo está construido con personas con nombres y apellidos, con caras, con cuerpos, con mentes: ¿cómo y desde dónde se ha legitimado esta clase política feminista?; ¿dónde se discuten las negociaciones (si es que tienen conciencia que están negociando)?; ¿dónde y en qué medios se han discutido sobre estas políticas?; ¿en qué medios feministas (periódicos, revistas, radios, etcétera) se han podido expresar las diferentes posiciones?;

¿dónde se han abierto debates?; ¿cómo se generan y construyen las redes?; ¿a quiénes pertenecen?; ¿cómo generan su poder y sus liderazgos?; ¿será peligroso hacer estas preguntas?; ¿qué poderes se están tocando al hacerlas?

Reconocemos un cansancio de la marginación. Queremos estar en la construcción de la cultura y de la sociedad, queremos confrontar nuestro pensamiento, pero de ninguna manera este cansancio nos puede llevar a relaciones en las que adherimos a proyectos políticos que refuerzan al patriarcado.

Discutir cuando nos hacemos funcionales al sistema puede ser muy provechoso para retroalimentarnos. Lo peor es esconder en un discurso globalizador las diferencias. Es lo que hace el sistema con todas las expresiones que lo perturban: locos, rebeldes, esencialistas, etc., son algunas de las descalificaciones que se usan para acallar las voces opositoras y asignarse su propia racionalidad como la única válida.

Esto, que está sucediendo en el feminismo, no es un fenómeno aislado: los movimientos ecologistas, juveniles, lésbicos-homosexuales y pacifistas, entre otros, están siendo atrapados en las mismas lógicas. Las voces que apuntan a la deconstrucción del sistema, y sus formas de poder, tienen enormes dificultades para encontrar espacios desde donde expresarse, hacer sus alianzas e implementar políticas alternativas.

La construcción de corrientes nos permitirá generar espacios de negociación entre nosotras, un aprendizaje pendiente. Es necesario que el resto de la sociedad y también las feministas tengan una lectura clara, sin confusiones, de las diferentes propuestas civilizatorias/culturales del feminismo. Así podremos, desde cada corriente, hacer alianzas significadas por la consecución de lo que cada una se plantea, *sin involucrar a las otras*, haciendo transparentes nuestras políticas. Esto es comenzar a hacer una política distinta.

Las estrategias de presión política basada en los lobbies tienen un límite sutil y peligroso, una frontera, no bien demarcada, con el tráfico de influencias. Al focalizar las energías en las influencias sobre el sistema y sus poderes debilitamos profundamente el poder transformador de movimientos sociales como el feminismo y sus posibles aliados. Este juego lo tienen muy claro los grupos de poder. Se trata de una dinámica que no solo no conlleva transparencia, sino

que tiene el objetivo de dividir y no deja entrelazar las propuestas transformadoras constituyéndose en fuerza y poder.

En continentes en condiciones de extrema pobreza/riqueza, maltrato/soberbia, colonizados dos o tres veces, esta política se vuelve aún más sutilmente perversa, ya que el tráfico de influencias ha sido una práctica del oprimido para tener acceso a algunos beneficios. En Latinoamérica sabemos de esto.

Creo que debemos hacer un esfuerzo para ir construyendo una ética, que es un desafío de reconocer nuestros aportes intelectuales y filosóficos más que nuestros sufrimientos, nuestras libertades más que nuestros amores de género. El compartir nuestras vivencias de libertad es parte del feminismo que buscamos.

LAS MUJERES DE CERRO NAVIA POBREZA. MEDIO AMBIENTE Y ELLAS

ELLAS CUIDAN

Ellas hacen lo que deberían hacer con su entorno.

Ellas se declaran y son jefas de hogar.

Ellas están cansadas.

Ellas trabajan 10 a 12 horas diarias, siempre.

Ellas cuidan a su gente.

Ellas hacen lo que deberían hacer, *cuidar* a los otros.

Ellas quieren irse a otro lugar.

Ellas quieren más tiempo y oportunidades.

ELLAS DEBERÍAN CUIDARSE

Ellas deberían organizarse para cambiar las políticas que las convierten en cuidadoras del medio ambiente.

Ellas deberían organizarse para cambiar las políticas que deterioran el medio ambiente haciéndolas doblemente *cuidadoras*.

No tenemos que enseñarles cómo cuidar.

A ellas tenemos que darles la oportunidad.

ELLAS PIENSAN

¿Por qué saben cuidar?

¿Por *instinto* natural?

¿Por *instinto de sobrevivencia*, o porque saben *pensar*?

Generalmente nuestros prejuicios las dejan en el *instinto*, reconociendo que este tiene algo de sabiduría.

Todo animal finalmente sabe cómo sobrevivir... hasta que muere.

Lo más que les propone el sistema es su *sobrevivencia*.
El sistema no piensa cómo deconstruirse para detenerse.

Ellas *piensan y hacen* lo que supuestamente los investigadores deberían enseñarles para su *sobrevivencia*.

Es sorprendente la diferencia ética que existe entre ese *pensar/saber* cotidiano e individual de mujeres sobreviviendo y ese *no saber político/técnico* con que se está organizando la *sobrevivencia* de nuestra sociedad.

Si el hecho de que exista Cerro Navia —en esa pobreza y con esa contaminación— no nos hace interrogar nuestra cultura, me temo que nunca aprenderemos a entender lo que estamos haciendo.

¿Todas las mujeres saben cuidar su entorno o solo estas específicas mujeres en pobreza?

¿Es solo una reacción de *sobrevivencia* o aún conservan un *saber/conocer* de las culturas originarias latinoamericanas?

¿La intervención/imposición de otras culturas alteró o aceleró las relaciones de poder entre los seres humanos y con la naturaleza?

Debemos ir desmenuzando pista por pista la cultura vigente y su sistema civilizatorio para encontrar los momentos en que perdimos el equilibrio y la ética en la relación entre los seres humanos... y con la naturaleza.

EL PODER

Ellas sienten impotencia de *no poder*. Ellas lo dicen.

El dominio deja fuera del poder a quienes no comparten su manera de ver el mundo, pero además deja fuera y en la *marginalidad/pobreza* a gran cantidad de seres humanos que ni siquiera cuestionan este modo de ver y hacer.

EL LÍMITE

Ellas sienten el prejuicio con que se mira la pobreza.
Ellas saben la relación entre pobreza/suciedad/mugre.
Esto ellas lo saben y lo dicen.
Sucio y mugre se relaciona con deshonestidad, robo y delincuencia.
Eso ellas también lo saben, pero no lo dicen.
Este es un límite, porque *decirlo es aceptarlo.*

LO ÉTICO, LO ESTÉTICO

Es esa *pobreza que molesta*, dicen.
Molesta en el alma, molesta también en más horas de trabajo.
Más limpieza. Trabajo que no luce. No luce tampoco lo que tienes.
Debemos tapar con pañitos los muebles, la tele y los adornos.
Nada luce, dicen ellas, con tanta tierra
La *pobreza/mugre* impregna el alma, dicen.
La pobreza desmoraliza, pierde brillo la vida, pierden brillos mis muebles, mis pocas cosas que tengo.
Hay almacenes de basuras en los edificios y en las calles. Esos almacenes son una presencia de mugre, *se ve feo y duele.*
Todo se ve muy feo en la pobreza/mugre.
Hasta que no veamos la pobreza como fea y nos duela, no estaremos en la ética de otra cultura.

COMBATIR

Lo sucio tiene ratas, pulgas, animales e insectos que tienen que combatir.
Les da asco ver cómo los ratones les invaden la cocina.
Ellas aprenden a combatir, ellas *limpian* y aprenden a hacer lo que puedan hacer para cuidar su casa, su gente, para sobrevivir, para no enfermar.

CASA Y CALLE

Ellos llegan a casa con la mugre puesta. No tienen ni baño ni ropa para llegar limpios. Una mujer *lava y limpia*. Ellos llegan a casa sucios. Cada cual vive su vida, cada cual vive su mundo, dicen.

Los hombres se van a la esquina y a la cancha. Nosotras la casa... Casa y calle, un corte.

Uno y otro separado por ese límite (¿muro de Berlín?) que no se derriba.

Ellas dicen: parados en las esquinas aprenden a no hacer nada y a sentirse hombres. *En las esquinas, ellos ven y aprenden.*

Y las plazas... cuatro árboles, se olvida cómo se usan.

No hay mujeres en la plaza. La plaza está “ocupada” por la marihuana, la pasta base, los mirones, los que cogotean para la pasta base y los violadores.

Las plazas las hacen las mujeres, pero no las ocupan.

SIEMPRE ESTOY OCUPADA

Y el olor y el ruido es lo otro. De eso no puedes escapar.

Acá nos conocimos todas sin conversar. Ellas saben de las otras, pero solo son escuchadoras.

No puedo pensar igual cuando están gritando y peleando, cuando el radio de dos o tres vecinas está a todo volumen. Por eso siempre, siempre estoy ocupada.

Las otras mujeres a veces son aliadas: para los remedios, me ayudan, dicen.

¿SE ORGANIZAN?

Ellas se organizan para situaciones puntuales.

Para hacer una plaza, para pavimentar una calle, para desratizar el sector.

Se organizan para la demanda, para pedir, no para conocerse y pensar y darle vuelta juntas, que es conversar.

Solo lo puntual, solo la sobrevida... y para un paseo de final de año.

Es ahí donde pueden salir y divertirse, solo que esto también lo organizan ellas.

En las organizaciones mixtas me siento mal, hay mucha descalificación, me cuesta hablar y tengo que ir con los niños y me desconcentran.

MEJORAR LA VIDA

Que *ellas* se conozcan, se entiendan y sobre todo que se organicen es muy importante. Solo así de verdad cambiarán realidades como las de Cerro Navia.

No hay que enseñarles cómo ser y hacer, solo hay que hacer un esfuerzo para encontrar las pistas del orden simbólico/valórico que las mantiene paralizadas y estacionadas en el sistema. Cuando dan ese paso crítico, las mujeres salen del estancamiento y de la paralización. Entonces, como mujeres que piensan en libertad, crean, se organizan y se eligen, es posible implementar y apuntar a la deconstrucción de un sistema que tiene a la gran mayoría de los habitantes de este planeta viviendo como se vive en Cerro Navia.

Ellas tienen, al igual que todos, que interrogar la cultura en que están sumergidas ideológicamente. Me temo que ellas están tan impregnadas de los valores esenciales patriarcales de entender la vida como una lucha/guerra (como todos), que es difícil que vean o propongan cambios significativos sin haber iniciado un proceso de deconstrucción del orden simbólico/valórico.

Ellas vuelven a *lo establecido*, es el círculo vicioso de una realidad/ esencialista.

Entonces el problema es dónde, con quién y cómo romper este círculo vicioso.

Mejorar la vida de ellas/nosotras, significa trabajar con ellas/nosotras para que se den cuenta ellas/nosotras cómo son ellas y cómo somos nosotras, cuán impregnadas estamos de un sistema que nos tiene atrapadas, que nos impide liberarnos de falsas solidaridades, de falsos

deberes; que nos impide *liberarnos de la penumbra de ideas instaladas por otros*, de maternidades y amores sacrificiales, de guerras inútiles.

Sin conectarnos con nuestras potencialidades de saber, entender y pensar por nosotras mismas y entendernos como seres libres, sociales, políticos, creadoras de sociedad y cultura, símbolos y valores, seguiremos siendo las “beneficiarias” unas de otras y seguiremos reciclándonos, como la basura.

BIBLIOGRAFÍA

- Altable Vicario, Charo. *Penélope o las trampas del amor*, Madrid, Mare Nostrum Ediciones, 1991.
- Amorós, Celia. *Hacia una visión crítica de la razón patriarcal*, Madrid, Anthropos, 1991.
- *Mujer: participación, cultura política y Estado*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1990.
- Camus, Albert. *El hombre rebelde*, Madrid, Alianza Editorial, 1982.
- Ehrenreich, Barbara y Deirdre English. *Brujas, comadronas y enfermeras*, Barcelona, LaSal, Ediciones de les Dones, 1988.
- Eisler, Riane. *El cáliz y la espada. Nuestra historia, nuestro futuro*, Santiago de Chile, Cuatro Vientos, 1990.
- Faludi, Susan. *La guerra contra las mujeres*, México, Planeta, 1992.
- Foucault, Michel. *Genealogía del racismo*, Buenos Aires, Altamira, 1993.
- Irigaray, Luce. *Amo a ti*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1994.
- Kirkwood, Julieta. *Feminarios*, Santiago de Chile, Documentas, 1987.
- *Ser política en Chile*, Santiago de Chile, Cuarto Propio, 1990.
- Librería de Mujeres de Milán. *No creas tener derechos*, Madrid, Horas y Horas, 1991.
- Marcos, Sylvia. *Historia de una expropiación. Mujeres e Iglesia*, Montevideo, Católicas por el Derecho a Decidir, 1989.
- Maturana, Humberto. *El sentido de lo humano*, Santiago de Chile, Cáete, 1991.
- *Emociones y lenguaje en educación y política*, Santiago de Chile, Hachette/CED, 1990.
- Nietzsche, Friedrich. *El Anticristo*, Madrid, EDAF, S.A., 1985.

- Perls, Fritz. *Sueños y existencia*, Santiago de Chile, Cuatro Vientos, 1987.
- Phillips, John A. *Eva. La historia de una idea*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.
- Rich, Adrienne. *Sobre mentiras, secretos y silencios*, Barcelona, Icaria, 1983.
- Rowbotham, Sheila. *Feminismo y revolución*, Madrid, Debate, 1978.
— *Mundo de hombre, conciencia de mujer*, Madrid, Debate, 1977.
- Savater, Fernando. *Ética como amor propio*, España, Grijalbo, 1991.
— *Ética para amador*, Barcelona, Ariel, 1991.
- Sau, Victoria. *Un diccionario ideológico feminista*, Barcelona, Icaria, 1981.
- Sendón de León, Victoria. *Más allá de Ítaca*, Barcelona, Icaria, 1988.
- Sloterdijk, Peter. *Crítica de la razón cínica*, Madrid, Tauros Humanidades, 1989.
- Varios Autores. *Esto es Gestalt*, Santiago de Chile, Cuatro Vientos, 1987.
- Thakar, Vimala. *La urgencia por la libertad*, Santiago de Chile, Ediciones Minga, 1984.
- Wolf, Naomi. *El mito de la belleza*, Barcelona, Emecé, 1991.
- Yourcenar, Marguerite. *Con los ojos abiertos*, Emecé, Buenos Aires, 1982.



